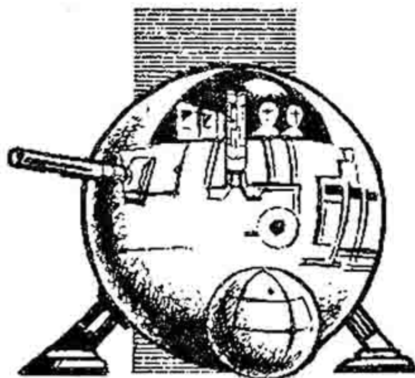


héroes del
ESPACIO
NOVELAS
ECSA
DEVORA-
DORES
DE ENERGIA
LAW SPACE
SOLO PARA ADULTOS



héroes del

ESPACIO



ECSA

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

64 — *Ulises cósmico*. Law Space.
65 — *La memoria del futuro*. Rocco Sarto.
66 — *Taxi espacial*. Trevor Sanders.
67 — *Condenado a vivir*. Elliot Dooley.
68 — *Extraña profecía*. Eric Sorenssen.

LAW SPACE

DEVORADORES DE ENERGIA

Colección
HEROES DEL ESPACIO n.º 69
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84 85626 56 7
Depósito legal. B. 20.700 1981

Impreso en España   Printed in Spain

1.ª edición, agosto, 1981

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1981

A todos los que aún miran al cielo con la muda súplica en los labios y el deseo de ser perdonados en el fondo de su corazón. A los que han enterrado la soberbia de creer que el ser humano es el único poder en un mundo de átomos que, como todo lo creado, cumplen su inexcrutable destino.

EL AUTOR

CAPITULO PRIMERO

La tormenta de aquella tarde, de un caluroso mes de junio de 1998, no tuvo nada de extraordinario. Aparentemente, fue una de tantas, ni más ni menos violenta que las que sacuden el estío de las islas del Caribe.

Una tormenta más.

Al menos, así la catalogaron los servicios oficiales de Meteorología en Santiago de Cuba, siempre a la espera, medrosa y angustiada de que uno de esos fenómenos atmosféricos constituyesen el preludio de algún temible tifón.

Mas no ocurrió nada de particular.

Como siempre, un fuerte aparato eléctrico, truenos y relámpagos en abundancia, algunas ráfagas de lluvia torrencial. Y después la calma, el regreso a la normalidad sofocante de una noche extremadamente cálida, bajo un cielo refulgente de parpadeantes estrellas.

La noticia, pues la hubo, se produjo media hora después de que terminase la tormenta. Y no procedió de los medios de Meteorología, sino que tuvo efecto en una base aérea, en una determinada pantalla de radar, y ante el asombro de los dos hombres que prestaban servicio aquella noche y en aquel lugar.

Los dos cubanos eran radaristas experimentados, y estaban acostumbrados a permanecer en alerta casi constante, ya que a pesar del tiempo transcurrido desde las violentas acciones de los USA contra Cuba, la tensión internacional no había disminuido en absoluto, y había muchos cubanos en Estados Unidos, especialmente en Miami, que seguían soñando con derrocar al régimen castrista.

Pero nada tuvo que ver con la política lo sucedido aquella noche. Los dos hombres, tras observar el «spot» velocísimo que recorrió la pantalla del aparato, se quedaron en silencio unos instantes, hasta que Antonio, el que tenía mayor graduación —era subteniente—, lanzó un suspiro al mismo tiempo que miraba a su compañero, el suboficial Rodríguez Montero.

—¿Qué te ha parecido, Angel?

—Un meteorito.

—Esa es también mi opinión. No puede tratarse de otra cosa, aunque la velocidad de caída ha sido verdaderamente impresionante.

—¿En cuánto lo calculas?

—No lo sé, pero nada me asombraría que el objeto haya caído a cerca de tres mil kilómetros por hora.

—No es, desde luego, la velocidad de caída de los meteoritos.

—Estoy de acuerdo contigo.

Hicieron una corta pausa, aunque ambos estaban pensando lo mismo. Luego, sin cruzar una sola palabra, se pusieron a trabajar, de manera que proporcionasen al Mando aéreo las coordenadas exactas del punto en el que el meteorito había caído.

Una hora más tarde, el informe, absolutamente detallado y preciso, llegaba al Alto Mando, mientras que los dos radaristas, olvidadas sus cuitas, se enzarzaban de nuevo en la conversación vanal que ocupaba la mente de la mayoría de los cubanos en aquel estío especialmente caluroso: dónde y cómo pasar las vacaciones.

* * *

Luis Mellado, el general Mellado, era el jefe de la Defensa del espacio aéreo cubano. Era un hombre alto, de aspecto agradable, que llevaba muy bien sus 56 años. La edad había apenas arrugado su tez curtida por el sol del Caribe, y apenas si el paso de los años había puesto en sus sienes la blancura de dos islas que destacaban agradablemente en su pelo endrino y ligeramente rizado.

Al general Mellado se le había pasado el temor de sus jóvenes años, cuando la amenaza del poderoso vecino estadounidense pasaba por momentos de verdadera agresividad.

De otra parte, el sistema de defensa se había ido perfeccionando intensamente, gracias a la

ayuda de los técnicos soviéticos, que seguían estando interesados en la salvaguardia de aquella isla, el único aliado seguro a las puertas mismas de los USA.

La localización de los poderosos aviones espías americanos, y la presencia de satélites capaces de acometer una misión idéntica de observación y espionaje, no quitaba el sueño a Luis Mellado.

Los métodos de detección que poseía ahora eran valiosísimos, además de que la experiencia de tantos años «sabiéndose observado» le había enseñado a dictar las medidas de camuflaje en las instalaciones verdaderamente importantes, minimizando la actividad de aviones especiales o de satélites de observación.

La noticia de la caída del meteorito te sorprendió cuando cenaba con su esposa Clara y su hija Elena, en la magnífica terraza de su casa de playa, desde donde podía verse el mar rutilante del salpicar de las lejanas estrellas.

Habían esperado pacientemente a que la breve tormenta estival terminase, haciéndose servir luego la cena en aquel maravilloso mirador.

Y justamente cuando estaban sirviendo la sabrosa carne procedente de la barbacoa, el teléfono había sonado, obligando al general a abandonar provisionalmente la mesa.

No hubo, en realidad, nada extraordinario en la comunicación que Luis recibió.

De todos modos, conocía su obligación, así como el deber inapelable que todos los centros de Detección tenían, debiendo comunicar al general cuantas novedades, por aparentemente intranscendentes que fuera, acontecieran.

¿Qué podía significar la caída de un meteorito?

Nada.

No obstante, la fina percepción de Mellado intuyó, en el tono de voz del oficial que le estaba comunican do la noticia, un no sé qué de inquietud, de duda, de turbación, como si el fenómeno en sí, tras su poca importancia real, ocultase algo que preocupase al teniente radarista.

Fue aquella especie de presentimiento lo que hizo que Luis inquiriese:

—¿Ha observado usted algo fuera de lo común, teniente?

—No, señor..., es decir, me ha extrañado la velocidad de caída.

—¿La han calculado?

—Sí, mi general. Como usted sabe, la aparición de un simple «spot» en la pantalla, pone automáticamente en marcha el integrador del cerebro electrónico. Mi compañero y yo, a simple vista, calculamos unos 3.000 kilómetros a la hora.

—¡Eso es imposible!

—Lo sé, mi general, pero el ordenador ha corroborado prácticamente nuestra simple apreciación.

—¿Qué ha dicho el aparato?

—Que la velocidad de caída del meteorito era, exactamente, de 2.050 kilómetros-hora.

—¡Sigue siendo imposible!

—Lo sé, mi general.

—He querido decir que no puede tratarse de un meteorito.

—Eso mismo hemos pensado nosotros.

—¿Cuál es su exacta localización?

—Un punto, en el interior de la isla, a 180 kilómetros de Santiago, en un lugar llamado La Tomarilla.

—Ya sé dónde es.

Luis reflexionó unos instantes. Hasta él llegaba el aroma de la carne asada; pero, repentinamente, su apetito había desaparecido, sustituido por una extraña ansiedad que, no obstante, no había arrancado ni un ápice a su habitual sangre fría.

—Está bien, teniente. Muchas gracias.

—¡ A sus órdenes, señor!

Posando dulcemente el aparato en su horquilla, Luis se volvió, mirando desde el interior de la habitación a las dos mujeres que seguían a la mesa.

Tuvo que confesarse, en aquellos momentos, que había temido muchas, muchísimas veces, que la paz y la tranquilidad de que gozaba podía terminarse.

En sus tiempos heroicos, antes de contraer matrimonio con Clara Meléndez, Luis no solía pensar en el futuro. Aquella maravillosa mujer que era su esposa le demostró que la felicidad no es una quimera de los poetas, y que a pesar de vivir en un mundo intranquilo, preñado de angustia y de incertidumbre, el amor de una mujer es capaz de llenar de serenidad y de fe el corazón de cualquier hombre luchador.

El nacimiento de Elena había puesto un broche de oro a aquella unión. Elena tenía 18 años, y su belleza parecía la copia exacta de la de su madre. Morena como ella, con grandes ojos rasgados, la joven Elena poseía además la inteligencia viva de su padre, la intuición inexplicable que tanto había hecho por la magnífica posición de Luis Mellado. Y a eso venía a agregarse la bondad infinita de Clara, su profundo humanitarismo, y aquella dulce y profunda manera de mirar a los demás, como si estuviese dispuesta a perdonarles todas sus faltas.

Para Luis, la seguridad de su esposa y de su hija se había convertido en la primera de sus obligaciones. En el mundo absurdo en el que le había tocado vivir, se aferraba desesperadamente a lo que tenía valor para él, a la única cosa que verdaderamente le importaba: aquella maravillosa mujer que había llenado su vida de amor y comprensión, y a la hija, que era como una hermosa flecha lanzada hacia el futuro.

El futuro.

Luis envidiaba a los que, en tiempos pasados, había mirado hacia el porvenir sin sentir la angustia que ahora embargaba a los hombres de su generación.

Existían menos adelantos técnicos, menos comunicación entre las gentes del Globo; eso era cierto, pero en cada rincón del mundo, como en un compartimiento estanco, la gente se amaba, sin miedo al mañana, esperando el dulce transcurrir de la existencia, sin temores angustiosos ni terrores que poblasen sus sueños de indescriptibles pesadillas.

Lanzó un suspiro.

Y mientras miraba a su pequeña familia, se preguntó si aquel misterioso objeto caído del cielo no iba a trastocar la pequeña paz de la que tan gustosamente disfrutaba.

¿Quién podía saberlo?

El mundo estaba poblado, afortunadamente en pequeña parte, por hombres malvados que no cejaban en su empeño de cortar de un golpe seco la tranquilidad de la Tierra. ¿No había sufrido bastante la pobre humanidad para que apareciesen en el horizonte nuevas amenazas?

Amenazas codiciadas por los unos y los otros. Porque Mellado, a pesar de su importante posición dentro de una parte del mundo sometida, lo quisieran o no, a la égida de Kremlin, pensaba que ninguno de los dos grandes bloques tenía razón, y que lo más importante, por encima de la desmedida ambición de unos cuantos, era conseguir que los hombres conocieran finalmente una paz como la que todos ellos merecían.

Y no sólo una paz material, sino una tranquilidad espiritual, que les liberase de la tensión constante a la que estaban sometidos, calmando sus mentes y despoblando sus sueños de terrores y miedos.

La triste realidad se impuso a él en aquel preciso instante.

Perdido en sus pensamientos, había olvidado su deber, y frunció el ceño al recordarlo. Como cada vez que ocurría un acontecimiento que se saliese de lo corriente y ligado a su puesto de jefe supremo de la Detección, había de comunicarse inmediatamente con el técnico de Detección de la Embajada soviética, ya que así le obligaba lo pactado en materia de defensa, entre los gobiernos de Santiago y de Moscú.

Fue hacia la terraza, inclinándose para besar la fina sien de Clara. Y como siempre, por un acuerdo tácito, ella elevó el rostro, sabiendo que su marido deseaba besarle a continuación los ojos, con aquella dulzura que él ponía en sus labios.

—Os ruego que me perdonéis, queridas —dijo—. Ha surgido algo que tengo que resolver ahora mismo. Continuad comiendo, por favor. En cuanto dé el aviso telefónico, volveré con vosotras.

Se encaminó directamente a su despacho, cerrando la puerta tras él. Luego cogió un teléfono rojo, de los tres aparatos que habia sobre la mesa, pulsó el único botón que poseía el dial.

—Soy Mellado —dijo al oír la voz del encargado de la centralita—. Póngame con Abrassov.

—En seguida, general.

Momentos después, la voz áspera del ruso llegaba hasta él.

—¿Qué diablos ocurre, Luis? Estaba en plena cena.

—Yo también, consejero.

—¿Y bien?

Mellado le transmitió la información escueta, sin agregar lo que su intuición le había provocado.

—¿Dice usted que a más de 2.000 kilómetros por hora?

—Eso he dicho.

—Entonces, no se trata de ningún meteorito.

—Lo mismo pienso yo.

—¡Esos perros yankees! Seguro de que intentan alguna treta de las suyas.

—No lo sé, consejero.

—¡Pero yo sí! ¡Que nadie se acerque a ese agujero. ¿Entendido?

—Perfectamente.

—Voy a enviar a algunos de mis técnicos. Todo esto me pone la mosca tras la oreja.

—Confieso que es bastante extraño, por no decir sospechoso.

—¡No sea tan tibio en sus expresiones, general! Es una sucia jugada de Washington. De eso no me cabe la menor duda. Está bien. Gracias por su informe, general.

—De nada.

Aquella noche, en la intimidad de su habitación, Luis tomó a su esposa con verdadera ansia. Ella sintió perfectamente que sus caricias eran casi violentas, como si algo hubiese arrancado la dulzura que Luis ponía en cada una de ellas.

Y la mujer comprendió que su esposo tenía miedo. No por él, cuyo valor y audacia no necesitaban demostración, sino por ellas, por aquellas dos criaturas a las que amaba por encima de cualquier otra cosa.

* * *

El general Mac O'Connor se frotó pensativamente el mentón.

—Todos los datos recibidos concuerdan perfectamente —dijo, volviéndose hacia el general Sullivan, que estaba sentado a su derecha.

Los dos hombres: Harold Spencer Sullivan, comandante en jefe de las fuerzas de la NATO, y Lewis Mac O'Connor, segundo jefe, se habían reunido urgentemente, cuando los servicios de Detección del Pacto del Atlántico Norte transmitieron a Bruselas los datos de la extraña observación que habían captado.

—¿Un nuevo proyectil ruso que han ensayado en tierras de Castro? —inquirió Sullivan.

—Puede ser.

—Nos interesaría mucho saber de qué se trata exactamente.

—No va a ser sencillo. Nadie podrá acercarse a la zona del impacto, que los servicios de seguridad soviéticos deben haber acordonado. Pero hay algo más...

—Hable.

—Cuatro eminentes especialistas han salido de la URSS, en un Tupolev especial, rumbo a Cuba.

—Eso sucede cada día.

—No es lo mismo. Ya sé que los especialistas militares soviéticos van y vienen constantemente, pero esta vez, la gente que Moscú envía no tiene nada que ver con el arte militar.

—¿Quiénes son?

—Cuatro, como acabo de decirle: León Volkariov, el mejor geólogo que tienen los rusos; Ivgeni lliuchenko, un astrónomo de primera fila. Un físico, que no quiso el Nobel del año pasado...

—¿Se refiere usted a Alexis Voloniev? —Al mismo.

—¿Y quién más?

—Una mujer tan extraordinaria como hermosa. La joven química Nadia Spartokovna.

—¿No estuvo en París el año pasado?

—Estuvo. Pasó unos días en la capital francesa, tras asistir al Congreso Mundial de Química Subacuática de Estocolmo.

—Recuerdo haber leído algo sobre la extraña ponencia que presentó en ese Congreso.

—Sí. Según ella, se trabajaba en la URSS sobre la teoría de un estado de la materia que no tiene nada que ver con los que nosotros conocemos.

—¿Un nuevo estado?

—Eso es. Ella lo llamaba «estado de origen», aludiendo a lo que ocurre en la formación de las nuevas estrellas. Parece ser, que antes que la materia adquiera algunos de los estados conocidos: el sólido, líquido, gaseoso o micelar, existe dicha materia en una forma desconocida por nosotros, en la que hay una extraña comprensión.

—Creo que no lo entiendo bien.

—Veamos si soy capaz de aclarar conceptos. Cuando se formó nuestro sistema planetario, no había más que una estrella, nuestro sol.

—Es cierto.

—De ella surgieron los globos ígneos que se convertirían más tarde en planetas, que a su vez producirían sus correspondientes satélites.

—Así es.

—La rusa afirma que el sol, en aquel tiempo, estaba formado por materia «en compresión», en ese estado especial, y que esa materia, como nuestro sol más tarde, daría lugar a la formación de los corpúsculos que forman los átomos, tal y como nosotros los conocemos.

—Sigue siendo difícil de entender.

—Dejémoslo entonces: Lo importante para nosotros, es que cuatro especialistas de primera fila han ido a Cuba, inmediatamente de producirse la caída de ese objeto que avanzaba a esa colosal velocidad.

—Objetó o lo que sea, que nos interesa muchísimo.

—Mucho.

—¿A quién tenemos en Cuba?

—A bastante gente, toda ella de excelente calidad. Agentes de primera clase.... pero no sueñe usted, ninguno de ellos podrá acercarse al lugar del impacto.

—Tendremos que esperar.

—No nos queda más remedio.

CAPITULO II

No había cosa que la irritase más que las sucias miradas que le dirigía Iliuchenko.

Para una mujer como Nadia Spartokovna, las relaciones humanas, para ser tales, han de estar regidas por la nobleza y especialmente ser limpias y diáfanas.

Pero, indudablemente, Ivgeni Iliuchenko no era, en aquel aspecto nada, pero que nada humano.

A Nadia le pareció, desde el primer encuentro que tuvieron en el seno del Instituto de Fisicoquímica de Moscú, una extraña babosa, con un cerebro que podía ser potentísimo, pero que estaba cargado de lubricidad, de deseos insatisfechos, producto de una represión que yacía en el seno de un espíritu retorcido y vulgar.

Como mujer dotada de una indudable belleza, Nadia estaba acostumbrada a que la mirasen, y no le molestaba en lo más mínimo si los ojos que en ella se posaban demostrasen una normal admiración, como a ella le ocurría cuando veía algo bello.

Lo del físico era diferente.

Y profundamente desagradable.

Los ojos miopes de Ivgeni, tras los gruesos cristales de sus gafas, parecían invisibles tentáculos que intentaban desnudarla, cada vez que se posaban en ella.

Con una sucia calvicie en su cráneo dolicocéfalo, una nariz gruesa y deforme, el labio inferior caído, la boca eternamente entreabierta en una especie de sonrisa burlona y un mentón puntiagudo, Ivgeni era la viva estampa de un fauno.

Durante todo el viaje en avión, la muchacha procuró ocultar su inquieta confusión tras las páginas del libro que simulaba leer. Porque, en el fondo, incluso a través de las hojas de papel, sentía sobre ella la mirada de aquel estúpido, lo que le impidió concentrarse en la lectura.

De todas las maneras, Nadia poseía una personalidad lo bastante fuerte para parar los pies a aquel donjuán de pacotilla, y eso fue lo que la tranquilizó un tanto, respirando con alivio cuando el Tupolev aterrizó en el aeródromo de Cuba.

* * *

Con algunas brazadas rápidas, Alain salió del agua, estirándose glotonamente bajo la luz refulgente de las estrellas. Amaba entrañablemente bañarse por la noche, y a punto estuvo de no esperar el fin de la tormenta para lanzarse a las bravas olas del océano.

Claro que permanecer en la terraza del minúsculo *bungalow* que había alquilado, hizo que pudiera ver aquel brillante objeto que había caído del cielo.

No lo juzgó ni científica ni matemáticamente, ya que era incapaz de hacerlo. Porque Alain Vilacourt era un escritor de fama, y más que escritor, poeta. Sus libros, en una época de materialismo exacerbado, eran leídos por cientos de miles de personas, lo que demostraba que había en el mundo gente capaz de sentir lo bello y apreciarlo en su justa medida.

Mientras miraba aquella estrella o cometa que bajaba del espacio, Alain no pudo por menos de pensar poéticamente. De sus labios surgieron dos breves, pero emotivos versos:

Une autre ame qui tombe de l'espace

Laissant d'etre lumiére pour devenir limace! ***(1)***

¿No era acaso aquél el destino de las almas que se atrevían a dejar la altura en que vivían? Basta que una criatura se atreva a bajar los escalones que conducen a la materia, para que su propia esencia se corrompa.

1) Otra alma que viene cayendo desde el cielo

y sin luz, va a tornarse babosa sobre el suelo.

Era ésa la idea que Alain se hacía del mundo: por un lado, los espíritus elevados, en

constante contacto con el Todo, dulcemente sometidos a las leyes del Amor y de la Bondad; por otra parte, los seres que se arrastran, como babosas, pegados a la tierra, sin elevar ni una sola vez sus cegatos ojos hacia el cielo.

Estuvo nadando un buen rato, sin precipitaciones, gozando del íntimo contacto envolvente del agua, de la tibia caricia del mar...

Y pensando en lo bien que había hecho tomándose unas vacaciones, lejos de París, ciudad que le encantaba, pero que, al mismo tiempo, le dolía. Porque sabía que el lugar en el que había nacido acabó por convertirse, como todas las ciudades, en un feo hormiguero.

Habiéndose secado, vestido y tomando un refrigerio, echó a andar, como hacia cada noche, recorriendo las minúsculas calas que bordeaban la costa.

* * *

Cuando el grupo de espeleólogos cubanos subió a la superficie del cráter, sus manifestaciones sembraron de controversia las conversaciones de los especialistas rusos.

—¡Es verdaderamente increíble! —exclamó el astrónomo Volkariov—. Ningún objeto celeste ha penetrado tanto como éste en su caída a la Tierra. ¡Nada menos que seiscientos metros!

—Esa profundidad parece más fantástica —dijo lvgeni, el físico—, si como dicen los cubanos, ese meteorito o lo que sea, no llega a tener un metro de diámetro.

—Será apasionante analizar sus componentes —dijo Nadia.

—Lo primero que tenemos que hacer —volvió a intervenir León Volkarov—, es que lo suban a la superficie.

—Ya han mandado a buscar una grúa potente —dijo Aleix Voloviev, e! físico, que no había intervenido aún en la conversación.

—De todos modos —dijo Iliuchenko—, como astrónomo afirmo, desde este momento, que ese... objeto, para conseguir un impacto de tal profundidad, ha de haber sido propulsado por algún medio artificial. Ningún meteorito, atraído por la fuerza de gravedad de la Tierra, puede alcanzar tamaña aceleración. Yo no dudo, como piensa muy bien el consejero de nuestra embajada, que se trata de un artilugio lanzado por nuestros enemigos, los norteamericanos.

—Aquí llega la grúa —dijo Alexis.

Un aparato de colosales dimensiones, se estaba acercando sobre sus anchísimas orugas, al borde del cráter.

—Es una grúa fabricada en la URSS —dijo Ivgeni con un punto de orgullo en la voz—, capaz de levantar doscientas toneladas.

—Le sobra potencia —sonrió el geólogo.

Esperaron, con visible ansiedad, los preparativos que los especialistas cubanos llevaban a cabo. Cuatro de ellos descendieron al fondo del cráter, situando las alas de una pala-tenaza en los bordes del meteorito. Volviendo a la superficie, dieron las instrucciones pertinentes, y momentos después los poderosos motores del artefacto se ponían en marcha.

Gimieron las gigantescas poleas, y los cables de acero, de un grosor del cuerpo de un hombre, se pusieron tensos hasta el máximo.

En la cabina de mando de la súper-grúa, el técnico cubano no separaba los ojos del tablero de mando, viendo con verdadero espanto que el límite de tensión de los cables estaba llegando a la marca roja.

En aquellos instantes, la grúa estaba desarrollando una potencia de levantamiento superior a su cifra normal, y hubiese sido capaz de alzar un peso de 700 toneladas.

Con los ojos desorbitados, el cubano no tuvo ni siquiera la voluntad de extender la mano hacia la palanca que detenía la marcha del mecanismo.

Un silbido estridente desgarró la noche, al tiempo que, como una serie de serpientes lanzadas hacia su víctima, los cables se encogían sobre sí mismos, cruzando el aire como colosales látigos.

Alcanzados por los .cables, seis hombres fueron reducidos a una masa sanguinolenta, mientras que el resto de los presentes, los técnicos soviéticos incluidos, se tiraban velozmente al suelo, gesto que indudablemente les salvó la vida.

* * *

Estaba profundamente irritada; sin motivo aparente, aunque, en realidad, eran sus mecanismos inconscientes los que impedían que los motivos reales de su inquietud se manifestasen abiertamente en su conciencia.

Desde su llegada a Santiago, adonde el equipo de especialistas soviéticos se había trasladado, tras el luctuoso accidente de la grúa, Nadia se consideraba como un poco prisionera, encerrada como estaba, al igual que los otros, en el edificio del Centro de Investigaciones Metereológicas, eufemismo que ocultaba al Centro de Detección.

Era evidente que los servicios de seguridad, tanto rusos como cubanos, estaban haciendo lo posible por ocultar la presencia del equipo llegado de Moscú.

Y una vez más, no era aquélla la primera, Nadia se rebelaba contra el dominio que la política ejercía sobre los hombres de ciencia.

—¡Eres una ilusa! —dijo mientras se dirigía a la ducha de la habitación que se le había asignado en el Centro.

Y lo era.

¿Acaso no había estado vigilada desde que salió de la Universidad?

En cuanto alguien destacaba y poseía ideas nuevas, el Estado ponía el ojo sobre él, creando a su alrededor un valladar lo bastante espeso para que nada de lo que hiciera o pensase traspusiese los límites marcados.

Incluso en sus salidas al extranjero, para ir a uno u otro Congreso internacional, se le había permitido exponer el fondo de sus teorías, y antes de cada una de las conferencias que había pronunciado, tuvo que entregar a la censura policial el tema escrito de la disertación, sin poder apartarse de él ni una sola línea.

¡Cuán diferente era lo que ella había imaginado!

Ahora, recordando sus tiempos de estudiante, volvía a sentir aquella intensa emoción que asociaba al hecho de ser una mujer de ciencia, con todo el bien y provecho que la humanidad entera podía obtener de sus trabajos.

Pero para los hombres del Kremlin, del Pentágono o de cualquier otro gobierno de las grandes potencias, el solo hecho de que una persona pudiese proporcionar al país algo importante para imponer sus ideas a los otros, convertía al científico en un prisionero por vida.

Mientras dejaba que el agua cayese a chorros sobre su cuerpo esbelto, Nadia pensó tristemente en su destino, lamentándose de haber nacido demasiado pronto o demasiado tarde, en una época de ambición desmedida a una hegemonía mundial por parte de cualquier bloque.

Apenas se había enfundado en el albornoz blanco, cuando alguien llamó a la puerta. Un instante, temerosa de que se tratara de Ivgeni, la muchacha torció el gesto, y acercándose a la puerta, inquirió con un tono áspero de voz:

—¿Quién es? ¡No puedo recibir a nadie!

Una voz afable, que identificó en seguida como la del profesor Volkariov, el geólogo, desfrunció el ceño de la rusa.

—Perdone, camarada Spartokovna. Volveré más tarde...

—¡Un momento!

Se ciñó el cinturón del albornoz, cerrando las amplias solapas. Luego, con una sonrisa en los labios, abrió la puerta.

Leon Volkariov entró en .la estancia.

Era un hombre de unos cincuenta años, cuyos ojos dulces, de mirada casi infantil, despertaban inmediatamente la confianza de quien le veía. Poseía una gran cabellera completamente blanca, y ornaba su mentón una barba igualmente alba, que contribuía a resaltar lo agradable de su rostro.

—Pase, profesor. Estaba duchándome.

—Quizá debiera volver un poco más tarde.

—De ninguna manera. Pase y acomódese. ¿Le apetece algo?

—No, muchas gracias. Ya he desayunado. ¿Y usted?

—También.

Se sentaron frente a frente, y León pidió permiso para encender su vieja pipa. Nadia

encendió un cigarrillo, y ambos permanecieron unos minutos en silencio.

—Me hubiese gustado —dijo el hombre— que anoche estuviera usted en el laboratorio:

—Estaba cansada de discusiones —dijo ella—. Además, para ser absolutamente franca con usted, no puedo soportar el aire doctoral de Ivgeni lliuchenko.

Volkariov movió la cabeza de un lado para otro.

—Es un chico muy inteligente, pero desdichadamente le falta modestia.

—¡Es un intolerable engreído!

—No es buena su táctica —suspiró el geólogo—. Si algo aprende quien pasa la vida estudiando como nosotros, es a ser humilde. Nada mejor que contemplar la grandeza del universo para sentirse verdaderamente pequeño, insignificante.

—Es cierto.

—En mi especialidad, la Geología, he tenido ocasión de echar una breve ojeada a todo lo que ha acontecido desde hace miles de millones de años. Un verdadero trabajo de titán, el que ha llevado a cabo la naturaleza hasta dar la forma actual a parte del cosmos.

Dio unas chupadas a su pipa, como si sintiera haberse dejado extraviar por sus más íntimas emociones.

—Esta madrugada —dijo cambiando de tema—, han traído algunos trozos del cuerpo caído.

Una luz de intensa curiosidad se encendió en los ojos de la rusa.

—¿De veras?

—Sí. Algunos minúsculos pedazos, el mayor de un volumen de no más de dos centímetros cúbicos.

—¿Por qué tan poco?

Los ojos dulces, inmensamente azules, del profesor, se posaron en el hermoso rostro del químico.

—Va usted a sorprenderse, pequeña, pero el centímetro cúbico de ese cuerpo..., ¡pesa exactamente ochenta kilos!

—¡Cielos!

—Ahora comprenderá por qué se rompieron los cables de la grúa. Ni mil como ella hubieran podido levantar el cuerpo aquél.

—Pero ese peso..., es increíble. No existe, que yo sepa, ninguna sustancia de tamaña densidad. Físicamente, eso es inaceptable.

—Eso es lo que ha manifestado el camarada Voloniev.

—Sigo anonadada.

—Y se comprende. Todos lo estuvimos al comprobar tan fantástico peso. Desde luego, nada más podemos hacer aquí. No existen en Cuba los medios necesarios para proseguir el estudio de esa misteriosa sustancia. Tendremos que regresar forzosamente a Moscú, y allí proseguir, el trabajo en el instituto Nuclear.

Nadia no pudo evitar una sonrisa burlona.

—Espero que este descubrimiento habrá convencido a lliuchenko de que no se trata de ningún invento americano.

A su vez, el geólogo esbozó una sonrisa.

—Al joven Ivgeni no hay nada que le convenza, Nadiuska. Es un hombre eminentemente político, con algunas ideas clave en la mente, que enturbian necesariamente su visión científica.

—Ningún poder humano es capaz, por ahora, de conseguir esa densidad en la materia.

—Por eso he venido a verla, Nadia. En cuanto me di cuenta de lo que teníamos delante, pensé en su teoría de la «materia contraída».

Ella frunció el ceño.

—¿Cree usted verdaderamente que nos encontramos ante un caso de esa clase?

—No lo sé, pequeña. Más que nadie, usted puede decirnos si lo que acabamos de encontrar es precisamente lo que usted ha andado buscando todos estos años.

—Pero, compréndalo bien, profesor. Mi teoría habla de la materia en un estado primitivo, en la formación de las estrellas, en una fase anterior a la aparición de la materia, tal y como ahora la conocemos.

—¿Cuál es exactamente la idea que usted se hace de ese especial estado «pre-material»?

—Sencillamente, la presencia de un núcleo atómico formado por partículas neutras y, naturalmente, sin electrones que giren a su alrededor.

—Entiendo.

—Si sabemos que el volumen de la materia nos es dado por la sduma, muy pequeña, de la masa central del átomo y, en mayor importancia, por las órbitas que los electrones recorren a su alrededor, tendremos que si desaparecen los electrones... o no se han formado aún, el volumen se verá grandemente reducido, al tiempo que la densidad y el peso aumentarán enormemente.

—¡Eso ha debido ocurrir en el cuerpo que nos ocupa!

Ella le negó enérgicamente con la cabeza.

—Es imposible, profesor Volkariov.

—¿Por qué?

—Porque mi «pre-materia» es justamente eso: una fase anterior a la aparición de la materia. El embrión del universo actual.

—Siga, por favor.

Es prácticamente imposible que puedan «convivir», la pre-materia y la materia. En cierto modo, es como si al lado de la fauna actual, viésemos pasearse por la Tierra a los diplodocus. ¿Me entiende?

—Sí.

Todo lo que ocurre a nuestro derredor, desde la energía en todas sus formas, eléctrica, magnética, nuclear, así como hasta el fenómeno de la vida, viene dado por la especial estructura de los átomos.

—Así es.

De los átomos, tal y como los conocemos, no como esos núcleos, desnudos de electrones, de la pre-materia.

—Sin embargo —insistió el hombre de ciencia—, hay mucha semejanza entre esa pre-materia y lo que hemos hallado.

No estoy muy segura de ello. Tendremos que estudiar detenidamente ese cuerpo para llegar a una conclusión plausible.

El sabio vació la pipa, y sin alzar la cabeza.

—Nos vamos pasado mañana.

—¿Tan pronto?

El la miró, curiosamente sorprendido.

—¿Le gusta estar aquí?

—Me gustaría si pudiera gozar de un poco de libertad. Adoro el agua, profesor, y me había prometido, antes de dejar esta isla maravillosa, bañarme en el mar que apenas si he podido ver aún.

—Nada más sencillo. El consejero de la embajada nos ha dado permiso completo durante las jornadas de hoy y de mañana.

—¡Es la mejor noticia que podía usted darme, Leon Volkariov!

CAPITULO III

Sentado sobre la roca, con la mirada perdida en la lejanía, allá donde el cielo y el mar se confundían, Alain dejaba ir su imaginación, soñando con un mundo que merecía ser adorado.

Al recordar aquella etapa de su pasado, cuando su padre consiguió imponer su criterio, el joven francés sonrió divertido.

Claro era de esperar de un hombre de la voluntad férrea del doctor Fierre Vilancourt.

Médico cirujano de uno de los más importantes hospitales parisinos, jefe de clínica y profesor de Cirugía general, Pierre Vilancourt no podía por menos que soñar que su hijo siguiese sus pasos.

No se anduvo por las ramas.

Consciente de que sólo una fuerte vocación puede llevar a un muchacho al estudio de la medicina, hizo cuanto pudo por comprobar si Alain poseía las cualidades requeridas. Pero no se limitó sólo a eso, sino que también puso su granito de arena, decidido como estaba a que su retoño le sucediese.

Desde muy pequeño, incitó a Alain a interesarse por los temas médicos, y en cuanto le fue posible, lo llevó con él al hospital, midiendo su resistencia en los quirófanos, donde pudo comprobar, con satisfacción y orgullo, que su hijo había heredado sus particulares cualidades.

Así fue como Alain empezó a estudiar Medicina.

Y terminó la carrera.

Pero allí se detuvo su afán. Y cuando, en el severo despacho de su padre, ante el rostro también severo de un Pierre que intuía lo que iba a pasar, supo que estaba destrozando el corazón del hombre que estaba sentado ante él.

Habló muy despacio, demostrando su agradecimiento hacia su padre, especialmente por haberle hecho descubrir el misterio de la vida. Nunca se había sentido más emocionado, dijo, que cuando se adentró por el camino de la materia viva, penetrando en la masa de las células, perplejo ante lo maravilloso de lo que ofrecía la citología molecular.

Cuando vi —dijo con pasión— que todo lo que somos, que todo lo que seremos, está ya grabado en las finas estructuras del núcleo celular, y que ese mensaje nos ha sido trasmitido a través de miles de años, me sentí tan profundamente emocionado como, si de repente, se hubieran abierto ante mí las puertas que se cerraban sobre un arcano.

—No es ése el lenguaje de un biólogo o de un médico. Alain. Parece que estoy escuchando a un poeta.

—Eso es lo que soy, padre.

—¡Bobadas!

—¿Por qué?

Porque la ciencia no admite emociones: es la lucha áspera, implacable, por la conquista del conocimiento. Y, en nuestro caso concreto, la búsqueda de las armas que nos permitan garantizar a la especie humana una vida mejor.

Alain no pudo evitar una sonrisa.

—No puedo pensar como tú, papá. Tampoco creo que la ciencia haya contribuido de forma especial a mejorar la vida de los hombres.

—¿Cómo te atreves a decir eso?

—Porque es cierto. No olvides, padre, que también yo he pasado todo este tiempo en los hospitales.

—¿Y bien?

—Que he descubierto muchas cosas. He visto cómo se curaban las enfermedades, cómo se vencían a los microbios, cómo se modificaban las aberraciones de la carne o cómo se paliaba el afecto de graves traumatismos accidentales o no.

—¿Y bien?

—Se hacía desaparecer el mal, se anulaba el sufrimiento, se curaban y restañaban las heridas, pero nadie se ocupaba de la persona enferma y herida. Era, ésa mi impresión, como si desde el mismo momento en que el paciente entraba en el hospital, se convirtiese exclusivamente en un pedazo de carne dolorida.

—¿Te refieres a su espíritu?

—Me refiero a su alma, padre.

Pierre Vilancourt se encogió de hombros.

—Permíteme que utilice un término más de acuerdo con nuestra profesión, y no diga espíritu ni alma, sino mente. Y para los cuidados de la mente, mi querido soñador, tenemos a los psiquiatras y a los psicoanalistas, sin contar con los psicoterapeutas.

—No me hables de esos especialistas, padre. Porque de la misma manera que para ti, cirujano, el cuerpo humano es algo concreto, palpable y definido, los que hurgan en la mente humana se mueven también por el estrecho pasillo de sus limitadas ideas.

—¡Qué solemne majadería!

—No lo es, padre. Para ti hay corazón, hígado, pulmones. bazo... para ellos hay conciencia, subconsciente, inconsciente. Para ti hay traumatismos, destrucciones viscerales, hernias, vientres en tabla, degeneraciones y tumores... para ellos hay traumas, complejos, vivencias, compulsiones...

—¿Y qué?

—Que todo eso, lo que el médico somático ve y estudia, lo que le interesa al especialista en padecimientos mentales o en psicología... no es más que una visión estrecha, miope y miserable de todo lo grande que se encierra en el ser humano.

—¡Otra vez el poeta!

—Si ser poeta es sentir lo que se esconde detrás de los ojos de un enfermo, si ser poeta es estremecerse ante la vida misma, si ser poeta es considerar que el dolor es a veces necesario, puesto que existe, si ser poeta es amar infinitamente cuanto nos rodea, dar gracias por el sol que vemos cada mañana, sentir la plenitud de la existencia vibrando en cada fibra de nuestro ser... ¡entonces, padre, estoy orgulloso de ser poeta!

* * *

Pudo esquivarle. No fue sencillo, ya que se dirigió a la muchacha, invitándola a ir a la playa juntos; pero Nadia, simulando una fuerte jaqueca, consiguió que Ivgeni saliera solo, en uno de los vehículos del centro, tomando ella más tarde otro coche, eligiendo precisamente el camino opuesto al que había tomado el impertinente astrónomo.

Con el pañuelo anudado en la nuca, cubriéndola parte de la larga cabellera rubia que escapaba de la cárcel de seda. Nadia se dirigió hacia la costa, ardiendo en deseos de hundirse en el mar.

Detuvo el vehículo en un lugar maravillosamente desierto, y tras quitarse el vestido, llevaba debajo el traje de baño, corrió hacia la orilla, lanzándose impetuosamente contra la primera ola.

Nadaba a veces, dejándose arrastrar otras, feliz de estar sola, bajo un cielo tan puro y un mar tranquilo, en un mundo de ensueño que la llenó de paz.

Luego, cansada, volvió a la orilla, buscando un lugar en el que tenderse al sol.

Y cerró los ojos.

No deseaba ocupar su mente en ninguna clase de pensamiento; pero, sin poder evitarlo, se sintió invadida por una tristeza infinita. Quizá la soledad que la envolvía contribuía no poco a proporcionarle aquella sensación de dolorosa inquietud.

¿Acaso no estaba completamente sola, incluso rodeada de gente?

Entre las contrariedades que le había acarreado el ser un científico, quizá la que más daño le hacía era la que la obligaba a vivir en un círculo estrecho, rodeada de hombres y mujeres cuyos intereses no iban más lejos que los problemas que habían de resolver.

¿Hombres?

Había muchos en los Centros de investigación, pero a los ojos de Nadia, todos estaban

cortados por el mismo patrón; seres humanos que vivían en el mundo de sus ideas abstractas, con la fría mirada del anatomopatólogo que hunde el escalpelo en el cadáver para encontrar la causa del deceso.

Ninguno de ellos poseía los atributos que Nadia intuía debería poseer el hombre al que fuera capaz de amar. Una sensibilidad entumecida por fórmulas, una visión reducida a los fenómenos y sus causas, una dimensión que, complaciéndole cuando trabajaba, no llenaba ni mucho menos la profunda ansiedad de amor que latía en ella.

Sí. Estaba completamente sola.

Perdida en un universo de cosas exactas o de teorías que hay que demostrar. A veces, sonriendo, pensaba que se hallaba en un aula, y que, como todos los demás alumnos, no podía separar los ojos del encerado donde las «grandes verdades» eran enunciadas.

Fue entonces cuando oyó la voz.

Era dulce, melodiosa; pero más que eso, poseía vibraciones que, desde que empezó a oírla, le produjeron extraños estremecimientos.

La voz, indudablemente la de un hombre, se expresaba en francés, lengua que la rusa conocía perfectamente, así como el inglés y el alemán.

Todo lo que me das es efluvio y esencia.
Y sin verte te veo. Te siento, te adivino.
Es como si tu sombra pusiera tu presencia delante de mis ojos,
en medio del camino...

Se quedó quieta, sin apenas atreverse a respirar, como si las palabras que acababa de escuchar llegasen de un mundo que ni siquiera ella se había atrevido a concebir.

El que en un lugar solitario, en una parte cualquiera de la costa cubana hubiese alguien capaz de pensar aquellas cosas en voz alta, dejó a Nadia sin aliento.

A los oídos del científico que era, los sencillos versos produjeron un efecto mágico. Como si, de repente, aquella muda petición, aquella larga súplica que estaba en ella como un penar constante, hubiese sido escuchada.

El largo silencio que siguió a la voz, la inquietó. Se puso en pie. comprobando entonces que se habia echado detrás de una masa rocosa que se internaba en el mar.

Sin dudarlo un solo segundo, todavía bajo la maravillosa impresión que acababa de recibir, dio la vuelta a la roca, pesando por detrás, donde hundía sus seculares raíces en la arena.

Le vio.

Estaba sentado cara al mar y de espaldas a ella. Tenía todavía la apariencia de una estatua, y recordó vagamente a la rusa El Pensador de Rodin.

Se detuvo unos instantes, con el corazón agitado por un latir alegre, como el de las alas de un pájaro; luego, despacio, muy despacio, se acercó al hombre.

—«*Pardon*»...

El se volvió, bruscamente, mirándola con curiosidad divertida.

—«Bonjour!»

—«C'est vous qui disiez ces jolis vers?»

La sonrisa se amplió en los labios del hombre.

—Sí, era yo quien recitaba esos versos; es decir, quien los estaba creando...

—¿Es usted... poeta?

Una sombra pasó por el rostro de Alain.

—¿Es delito?

—¡Oh, no! Al contrario. Creo que es la cosa más maravillosa que le puede ocurrir a un ser humano.

—Muy amable. Pero, ¿por qué no se sienta a mi lado?

Y cuando ella se acomodó sobre la roca.

—Me llamo Alain Vilancourt, pero usted no parece francesa, aunque habla maravillosamente mi lengua.

—Soy rusa. Me llamo Nadia Spartakovna.

—Adiviné que era rusa. Además, hay muchos rusos en Cuba.

—Yo he venido hace diez días y me voy mañana.

—Hace diez días —dijo él como si hablase consigo mismo—. ¡Ahora lo recuerdo! La noche

en que vi una enorme estrella errante caer en la tierra.

Ella frunció el ceño.

—¿Lo vio usted?

—Sí. Fue como un rayo de luz, un rayo de bondad que viniera a poner un poco de claridad en el alma de los hombres.

Nadia se echó a reír.

—¡Cómo le envidio! —dijo con absoluta franqueza—. Para usted, todo es belleza, todo es poesía...

—¿Acaso no lo es? ¡Todo! ¡Absolutamente todo! Incluso nuestro encuentro aquí. ¿Es que no se da usted cuenta? ¿Quién podía haber dicho que usted, una rusa en Cuba, y yo, un poeta de vacaciones, iban a encontrarse, solos, en un lugar como éste?

—¿Cree usted de veras en el destino?

—¿Y cómo puede usted imaginar que un poeta no crea en él?

Entornó los ojos antes de decir:

El destino
es el camino
por donde los sueños van
disfrazados de utopía
hasta que les llega el día
de hacerse realidad.

—Muy bonito. ¡Ojalá las cosas fueran como usted las dice!

—Y lo son: pero, veamos. Me pica la curiosidad de saber qué hace usted en la vida.

—Soy químico.

—¡Maravilloso! ¿Hay algo más poético que esos complicados edificios, esas estructuras que la materia adopta para tener estas o aquellas cualidades? Basta que un solo átomo cambie de lugar, para que la apariencia y las propiedades de un cuerpo se modifiquen. Es como si la materia, al permitir ese sutil cambio, quisiera hablarnos en un lenguaje diferente.

—Me emociona usted. También he sentido yo, a veces, que la belleza estaba oculta, como en todas partes, en el fondo de un tubo de ensayo.

—Todo es belleza. Nadia.

Posiblemente sin desearlo, a menos de forma consciente, como movida por un impulso fuera del tiempo y del espacio, la mano de la rusa vino a posarse sobre la de Alain.



Cruzando la plaza, Alain se detuvo unos instantes ante el nuevo edificio que se alzaba ante él. Se había construido, enteramente en aluminio, dos años antes, instalándose en su interior las costosas dependencias y complejos laboratorios que correspondían a un Instituto Francés para la Física Nuclear.

El día anterior, nada más bajar del avión que le habia traído de Cuba, Alain habló largamente con su padre, quien, al parecer, le tomó en serio por primera vez desdé que había dejado la Medicina.

Alain le habló del casual encuentro con la joven rusa, no mencionando en absoluto lo que había ocurrido, y cómo, en las pocas horas que había pasado junto a Nadia Spartokovna, se había convertido ella en la mujer de su vida.

Aunque carecía de los profundos conocimientos de Física que hubieran sido necesarios para entender lo que su hijo le estaba contando, el doctor Vilancourt se percató de la importancia de lo ocurrido en la perla del Caribe.

—Todo eso es muy interesante, Alain, y has hecho bien acortando tus vacaciones. Lo que no acabo de explicarme es cómo esa químico rusa se atrevió a decirte cosas que, de haber llegado al conocimiento de sus superiores, le hubiesen proporcionado un serio disgusto.

Alan sonrió.

¿Cómo podía entender su padre todo lo que de maravilloso había ocurrido aquel día?

A veces, ni él mismo conseguía poner sobre los hechos la realidad estupenda que habían tenido. Y durante el viaje en avión, en más de un momento, le pareció haber soñado todo aquello.

—No conoces a Nadia, padre. No está de acuerdo con que los científicos estén sometidos a las conveniencias de los gobiernos, y más aún a los Ministerios de Defensa.

—Ya veo —sonrió el médico—. Otra soñadora como tú. ¡Tal para cual!

Pero, bruscamente serio:

—Debes ir a comunicar lo que sabes, y debes hacerlo cuanto antes. No sé si mi orientación será de valor para ti, pero conozco a un profesor del Instituto Nuclear, al viejo Ferdinand du Montel, a quien extirpé la vesícula biliar hace dos años.

Y ahora, en el Instituto, Alain se preguntaba si todo lo que había dicho Nadia, en un arranque de sinceridad, movida por el generoso impulso de ayudar a la humanidad entera, era tan importante como parecía.

Como era de esperar, el profesor du Montel le recibió afablemente, más por ser el hijo del doctor Vilancourt que por otra cosa. Durante cinco largos minutos, el joven hubo de aguantar un chaparrón de frases de elogio que el viejo sabio dirigía al hombre que le había intervenido.

—No me cansaré de repetir —dijo por enésima vez—, que sin la mano de maestro que su padre posee, estaría criando malvas. Pero, ¿no es para hablar de mi vesícula que ha venido aquí?

—En efecto, profesor. Mi padre me ha aconsejado que le visitara, ya que, por lo que ahora le explicaré, creo poseer una información que pude interesarle. Acabo de regresar de Cuba.

—Lindo lugar, lleno de recuerdos para mí, ya que pasé allí mi luna de miel..., aunque de eso hace ya un siglo. Pero, si no recuerdo mal, la prensa ha informado de la caída de un meteorito en esa isla, ¿no es así?

—A ese objeto se refiere mi información.

Du Montel cambió bruscamente de aspecto, y un brillo de interés se encendió en sus ojos, reflejándose en los gruesos cristales de sus gafas.

—Soy todo oídos —dijo inclinándose hacia adelante como si fuera un poco sordo. Y lo era en realidad.

Hablando muy despacio, Alain relató el acontecimiento del que había sido testigo, ampliando luego su relato a todo lo que la rusa le había dicho.

Fue entonces cuando el profesor le interrumpió.

—¿Cómo? „Ha hablado usted con la Spartokovna?

Alain podría haber dicho que había hecho mucho más que hablar, lintornando un breve instante los ojos, le pareció sentir de nuevo, sobre la suya, el contacto de la piel satinada de la muchacha.

Yo oí su disertación en el último Consejo —dijo Monte . ¡Algo verdaderamente sorprendente! Esa señorita posee una inteligencia de primerísima calidad... y lo que más me extrañó, dicho sea entre caballeros, es que además de inteligente, es bellísima.

«Cuéntemelo a mí!», pensó Alain.

Pero, siga, por favor. Ahora que sé de dónde provienen sus informes, mi interés se ha centuplicado.

Alain prosiguió su relato.

A partir de entonces, el profesor no le interrumpió ni una sola vez, limitándose a asentir con la cabeza, mientras sus ojos miopes parecían mirar algo perdido en la lejanía.

Cuando Alain acabo de hablar, el rostro de Ferdinand había adquirido una máscara de seriedad absoluta. La amplia frente, que se prolongaba más allá, continuándose con la calva, estaba plegada de arrugas.

Lanzó un suspiro, antes de decir:

—Es verdaderamente increíble. Todo demuestra, naturalmente. que nos encontramos ante un espécimen de un tipo de materia no conocido hasta ahora.

Alain no dijo nada.

Mirándole, el profesor esbozó una sonrisa.

—No sabe cuánto le agradezco todo lo que me ha contado, joven. ¿Va usted a quedarse en París?

—Creo que sí.

Me alegro, porque así podré requerirle si lo necesito. Es tan fantástico lo que me ha contado, que mis colegas no llegarán a creerme.

CAPITULO IV

Aquella noche, después de la primera emisión de las noticias en televisión, Alain, que no deseaba abandonar su casa, la de su padre, escribió un poco hasta las once. Estaba afectado por una de las noticias filmadas por un corresponsal en Moscú, que había mostrado imágenes un tanto atrasadas, comentando el regreso del equipo de técnicos soviéticos que había ido a la isla de Cuba.

—Con la eficacia acostumbrada —había dicho el locutor—, nuestros hombres de ciencia han procedido a un examen completo del meteorito caído en Cuba. Y ahora vamos a tener la gran oportunidad de escuchar de sus autorizados labios el resumen de sus observaciones... Aquí tenemos, en primer lugar, al astrónomo Ivgeni Iliuchenko, una gloria de la ciencia soviética, a pesar de su juventud.

La imagen enfocó en un primer plano el rostro petulante del ruso, quien sonrió a las cámaras como si quisiera demostrar su propia importancia ante el mundo entero.

—Díganos, profesor Iliuchenko —le preguntó el entrevistador—, ¿Qué clase de cuerpo es el que ha caído en la hermana isla de Cuba? —Un cuerpo celeste de lo más normal —repuso lvgeni sin que su sonrisa de suficiencia abandonase un solo instante sus labios—. Un meteorito como tantos otros.

—¿No ha aportado nada nuevo a lo que hasta ahora conocemos en esa materia?

—Absolutamente nada. Su examen, su primer examen, apenas si ha tomado 24 horas. Nada más sencillo, se lo aseguro. Claro que hemos traído muestras para proseguir su estudio... pura rutina, ¿lo entiende usted?

—Perfectamente, profesor. Muchas gracias por su preciosa información. Y ahora, señoras y señores, aunque el profesor Iliuchenko ha hablado como portavoz del grupo, vamos a saludar a sus compañeros de viaje.

—¡Maldito embustero! —murmuró Alain dirigiendo una furiosa mirada al aparato.

Vio entonces la silueta de otro ruso, al que se acercaba, micrófono en mano, el presentador.

—Y usted, profesor Volkialov, ¿qué piensa usted del asunto?

—Corroboro exactamente lo dicho por el profesor Iliuchenko

—Gracias..., gracias..., veamos ahora al físico Voloniev, mundialmente conocido. Por favor, profesor...

—No tengo que añadir nada a lo dicho por mis compañeros.

—Gracias. Ahora, nos encontramos ante una joven promesa de la química rusa, la camarada profesora Nadia Spartokovna.

A la vista de la mujer a la que ya amaba, Alain sintió que el corazón amenazaba por salirse del pecho.

—Dígame, camarada...

Ella sonrió, aunque había una positiva tristeza en sus hermosos ojos.

—Ningún comentario...

—Gracias. Ya han visto ustedes.

Alain oprimió con rabia el botón del mando a distancia, haciendo que la pantalla se apagase.

¡Nadia!

Estaba profunda, hondamente emocionado. Y daba gracias al cielo de haberle permitido conocer a aquella mujer cuya sola imagen le colmaba de dicha.

Fue a encerrarse en su despacho, poniéndose casi inmediatamente a escribir. Le era tan necesario como respirar, y aunque hubiese deseado verter toda su vena poética en aquellos momentos, prefirió, sin saber exactamente por qué, estudiar a su modo el problema que había planteado la caída del misterioso objeto en la isla de Cuba.

De todo lo que había sacado de los maravillosos labios de la joven rusa deducía que el

cuerpo hallado en el fondo del cráter poseía cualidades específicas, que nada tenían que ver con la materia, tal y como la conocían los humanos.

Nadia le había hablado también de su teoría sobre la pre-materia, que él había comprendido perfectamente, más por la intuición artística que poseía, que por los conocimientos científicos que hubiesen sido necesarios para entenderlo.

Pero había algo que le preocupaba.

Primero: el origen de aquel cuerpo.

¿De dónde había llegado? ¿Cómo era posible que un pedazo de pre-materia hubiese atravesado el espacio para llegar hasta la tierra? Segundo: la velocidad de caída.

Nadia le había señalado la importancia de ese punto, y Alain se decía ahora que era, con mucho, el más importante de todos. Porque no podía echarse mano a la aceleración producida por la atracción y la fuerza de gravedad, lo que nunca hubiese alcanzado la tremenda velocidad conseguida por el «meteorito».

También se tenía que pensar en el «frenaje» que habría de producirse al chocar el cuerpo con las cada vez más densas capas de la atmósfera terrestre.

Un cuerpo que llegase a la Tierra a la velocidad que aquél poseía... se hubiera volatizado, deshecho, al alcanzar temperaturas verdaderamente formidables.

Y había algo más.

No pasaron dos horas entre la caída del cuerpo y la llegada de los primeros espeólogos que penetraron en el cráter para examinar el cuerpo. Y en aquel corto lapso de tiempo —120 minutos más o menos—, habían hallado al «meteorito» completamente frío, más aún, helado.

Todos estos datos planteaban problemas y enigmas difíciles de descubrir. Pero la imaginación poética de Alain iba más lejos. Todavía no podía plantear sus ideas en un orden satisfactorio, mas había algo que empezaba a bullir en su mente, algo que le hizo estremecer.

Estuvo a punto de echarse a reír al pensar en lo que vagaba por su cerebro.

Pero no fue así.

Porque, en lo hondo de su alma, sin que pudiera dar una explicación lógica a aquella fantástica premonición, estaba seguro, completamente seguro, de que aquel helado y misterioso cuerpo... ¡¡¡ERA UN SER VIVO!!!

* * *

Cuando la noticia fue difundida por todos los canales de las 104 compañías de televisión de los EE.UU, enviadas por satélite a todos los países del mundo, eran, en la ciudad califomiana de Los Angeles, las cero horas doce minutos.

Las rotativas de dos mil periódicos en toda la órbita mundial, se pusieron a llenar de tinta sus primeras páginas, con gigantescos titulares que emocionaron y sobrecogieron a miles de millones de seres humanos.

¿La noticia? Breve al principio, expuesta, en grandes titulares o en la voz emocionada de los comentadores de radio y de televisión:

LA GRAN CENTRAL NUCLEAR DE BEKERLEY, UNA DE LAS MAS GRANDES DEL MUNDO, HA DESAPARECIDO.

Así, como suena: D-E-S-A-P-A-R-E-C-I D-O.

Los equipos enviados al lugar, inmediatamente de la alerta dada por un coche patrulla de la Policía de Los Angeles que pasaba por las cercanías, tuvieron que radiar un mensaje en el que se decía únicamente que el enorme conjunto de edificios que formaban la Central, dotada de quince pilas atómicas, se había evaporado, no hallándose ni siquiera los cimientos.

Tuvieron que verse las imágenes captadas por los cámaras de la televisión y los Noticiarios, para que el mundo entero se diera cuenta de que las informaciones no eran pura fantasía.

De todo aquel conjunto de energía, de sus plantas y edificios, de sus anexos, de los parques para vehículos, de sus almacenes y demás... ¡no quedaba absolutamente nada!

Ni un solo gobierno de la Tierra faltó a la reunión de urgencia que en cada país se llevó a cabo en las horas que siguieron a la noticia. De la misma manera, consejos de técnicos especialistas se congregaron para dar, cada uno a su gobierno, los informes sobre el caso, y lo que era mucho más peliagudo, la explicación teórica que justificase lo ocurrido.

Como era lógico, nadie pudo explicar el caso, ya que lo sucedido escapaba a toda lógica, y si bien hubo quien pensó que se trataba de una nueva arma «del bloque contrario», todos los hombres de ciencia, de una y otra parte, no podían justificar tal fantástica postura, ya que la ciencia humana era, por el momento, incapaz de llevar a cabo tal prodigio.

* * *

Alain se enteró de lo ocurrido en la emisión matinal, por la televisión, cuando desayunaba en compañía de su padre.

Como buen científico, el doctor Vilancourt era un escéptico, y cuando el locutor hubo terminado de hablar en *off,* ya que se ofrecieron imágenes del lugar, se encogió de hombros, al tiempo que decía:

—¡Bah! Otra de esas jugarretas de la CIA, para justificar cualquier postura dura ante el bloque oriental.

—No es posible, padre.

—¿Por qué?

—Porque nadie es capaz de desmontar una instalación gigantesca en tan pocas horas. ¿Es que no has visto el aspecto que tenía la Central cuando fue inaugurada?

El doctor lanzó una mirada aguda a su hijo.

—¿Y quién dice que la hayan hecho desaparecer en una noche? Pueden haber preparado el golpe en el tiempo necesario, y luego dar la noticia, a su manera, naturalmente.

Alain no dijo nada. Estaba pensando, seguía haciéndolo desde hacía muchas horas, en todo lo que Nadia le había explicado. Y experimentaba el mismo desasosiego, como si la premonición que había estallado en su mente fuera tomando cada vez más cuerpo, aun siendo tan difusa como al principio.

—¿Puedo hacerte una pregunta, padre?

—Te escucho.

—¿Crees que la definición que damos a la vida corresponde a todas las formas que pueda adoptar?

—Si no te explicas con mayor claridad...

—Lo intentaré. Para nosotros, una materia, para ser viva, ha de responder a ciertas exigencias: el intercambio de sustancias con el medió, es decir, alimentación y degradación de los restos. ¿No es así?

—Así es. Pero expresándose con un lenguaje más adecuado, diríamos que ese ser es capaz de tener metabolismo: anabolismo o capacidad de alimentarse y catabolismo, lo que le permite expulsar las sustancias que no puede usar.

—Bien. Otra de sus facultades es la reproducción.

—Es cierto.

—Y, aunque la reproducción es muy importante, también lo es la nutrición, ya que sin ella la vida no sería posible.

—La explicas bastante bien, aunque no has de complicar tanto los conceptos. Todo es muy sencillo, en el fondo: la vida es la lucha constante y permanente contra la muerte; para combatir a ésta, hay que renovar las células y los tejidos, lo que se consigue con la alimentación. Mientras las células se nutren correctamente, el cuerpo que las contiene vive en su plenitud. Cuando esas células no se nutren de forma normal, el cuerpo enferma, envejece y muere.

—¿Y la reproducción?

—Es el otro vector de la vida. Puesto que el cuerpo de cada criatura está irremisiblemente destinado a perecer, sólo hay una manera de que la vida continúe: que ese cuerpo, solo o con otro, cree nuevos seres, formando así una cadena que prosiga la aventura de cada especie. Pero dime, hijo. ¿Adónde quieres ir a parar?

—A preguntarte si puede haber otras formas de vida.

—¿Fuera de los modos de existencia que conocemos?

—Sí.

—No lo creo.

—¿Y si se dan las dos bases clave de la nutrición y la reproducción?

—En ese caso, se trata de materia viva, y estamos perdiendo el tiempo inútilmente.

Se puso en pie.

—Tengo dos intervenciones esta mañana. ¿Almorzarás conmigo?

—No lo sé.

—Hasta la noche, entonces,

—Hasta luego, papá.

Al quedarse solo, Alain se sintió profundamente defraudado. Era difícil, lo sabía, hacer partícipe a su pare de sus inquietudes. Le hubiera tratado de loco. Y quizás, al hacerlo, tendría toda la razón.

—Señor...

El ayuda de cámara había aparecido en el umbral del comedor.

—¿Sí, Georges? —inquirió Alain, todavía sumido en lo confuso de su cogitación.

—Debería usted encender el televisor, señor. Nosotros, en el de la cocina, acabamos de oír cosas terribles.

—¿Qué clase de cosas?

—De esas que parecen la su sucedió anoche, en Los Angeles. Seis centrales nucleares más han desaparecido, señor. Dos en Inglaterra, una aquí, en Francia, dos en Alemania y una más en China.

—¡Diablos!

—Y eso no es todo, señor. La última información ha comunicado que los dos grandes equipos de estaciones espaciales, la americana y la rusa, verdaderas ciudades implantadas en el espacio exterior, han dejado de existir.

—¿Había alguien en ellas?

—Afortunadamente, no, señor. Llevaban varios meses vacías de vida humana, recogiendo datos con sus aparatos. En realidad, según confiesan ahora los dirigentes de esos dos países, las estaciones dejaron de comunicar con la Tierra hace ya quince días.

—Curioso...

—Todo esto que está ocurriendo es muy curioso, señor.

—Desde luego.

—¿Puedo hacer una pregunta al señor?

—Las que quieras, Georges.

—Yo pensaba... y así se lo he dicho al personal..., que estamos siendo atacados por seres procedentes de otros mundos.

—¿En qué basas esa peregrina idea, Georges? —sonrió el joven.

—Está muy claro, señor. Para destruirnos, para atarnos de pies y manos, ¿qué cosa mejor que atacar aquello que nos proporciona la energía necesaria para vivir? Desde que el petróleo dejó de ser nuestra mayor fuente energética, tomamos lo que necesitamos de las centrales nucleares, cuyo número se ha multiplicado por mil en la última década. Todo lo que hacemos, señor, todo lo que permite nuestra existencia, necesita de esa energía para ser producido.

—Es verdad.

—Si la desaparición de las centrales prosigue, la vida no será posible en el planeta... y esos misteriosos seres nos dominarán sin ninguna dificultad.

—Lees demasiadas novelas de ciencia-ficción, mi pobre Georges.

—Es posible, señor. Pero no podemos olvidar que los escritores de esa materia, al menos algunos de ellos, han preconizado, mucho antes de que ocurrieran, cosas que se convirtieron después en hechos incontrovertibles.

—También es verdad.

—Se ha hablado mucho de invasiones de la Tierra por parte de criaturas procedentes de otros mundos, de otras galaxias. Ha habido mucha, demasiada fantasía en ese tema, pero también hay mucho de ese temor hacia algo que tarde o temprano había de suceder. ¡Y eso es lo que ocurre ahora!

—No estoy de acuerdo con tu teoría, pero admito la posibilidad de que ocurra.

—¡Será terrible, señor! ¿Imagina las ciudades sin luz, sin energía, las fábricas paradas, los transportes detenidos...? ¡El fin del mundo, se lo aseguro a usted!

* * *

Alzando la cabeza, Nadia pesó su dulce mirada en los ojos miopes de Leon Volkariov.

—Le agradezco mucho que haya venido, profesor.

El geólogo sonrió bondadosamente.

—Cuando me dijeron que deseaba usted verme, Nadia, comprendí que algo importante había sucedido. ¿No es así?

—Sí.

—¿Ha hablado usted de ello con alguien?

—Todavía no. Nuestro equipo, los que fuimos a Cuba, se ha dispersado, como si nada importante hubiera ocurrido. Las desapariciones de todas esas centrales nucleares, ha relegado el asunto del «meteorito» a una noticia de escasa importancia, apenas digna de ser mencionada.

—Es cierto. Docenas de equipos han sido destinados a las centrales, con orden de vigilarlas día y noche, dotándoles de medios de detección verdaderamente formidables. Naturalmente, todo el mundo está convencido de que se trata de una nueva arma, esgrimida por alguien que desea dominar el mundo, y que no representa a ninguno de los bloques políticos que existen en la actualidad.

Nadia esbozó una sonrisa.

—No sé, no sé... —murmuró—, pero creo que no comparto esa opinión, y que el asunto es mucho más grave.

—¡No irá usted a dar crédito a los que dicen que se trata de una invasión procedente del espacio exterior?

—Nunca se ha dejado de pensar en eso, Leon Volkariov. Desde hace muchos años, el estudio de los OVNI no ha hecho más que echar leña en el fuego de ese tipo de temores. Pero yo nunca creí que las cosas pudieran ocurrir de ese modo.

—¿Por qué?

—Porque si bien estoy convencida, como todo el mundo, de la existencia de «humanidades» fuera de nuestro Sistema, si alguna de esas criaturas llegara hasta aquí, se comportaría de una manera completamente distinta a lo que han imaginado los autores de ciencia-ficción.

—¿Qué quiere usted decir?

—Es muy sencillo: si alguien es capaz de atravesar la enorme distancia que hay entre esos mundos habitados y nosotros, y que por lo menos es la que nos separa de Alfa de Centauro, a cuatro años luz de nuestro Sistema, es que ha conseguido una evolución técnica formidable y completamente pacífica.

—¿Pacífica?

—Desde luego. Porque, ¿qué es lo que ha frenado en seco el maravilloso desarrollo de los viajes espaciales que, entre nosotros, podían haber alcanzado cotas extraordinarias?

—La falta de fondos.

—Que han sido destinados a la preparación militar, al incremento de armamentos. Más dinero se gasta en armas para destruirse los unos y los otros, menos se invierte en intentar entrar en contacto con otros mundos habitados.

—Es verdad.

—Por lo tanto, si recibiésemos la visita tan esperada como temida de gente procedente de fuera del Sistema, tenga la seguridad que serían criaturas pacíficas, deseosas de ayudar a humanidades poco desarrolladas, como la nuestra, y no atacarnos, suprimiendo nuestras fuentes de energía. ¿No le parece razonable lo que acabo de decirle?

—Y tremendamente lógico. Pero entonces, ¿cómo explicar esa desaparición de las centrales nucleares?

El rostro de la rusa se ensombreció.

—No lo sé aún, pero sospecho algo terrible. ¿Sabe lo que he descubierto entre la masa de esa materia que cayó en Cuba?

—Le escucho.

—Electrones.

El profesor abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Eh? ¿Ha dicho usted electrones?

—Eso he dicho.

—Pero... ¡es imposible! Porque en ese caso, el objeto caído en la isla no tiene que ver nada con la pre-materia que usted mencionó en su tesis.

—Es pre-materia.

—¿Cómo?

—Lo es, profesor; pre-materia obtenida a partir de materia común y corriente. Pre-materia que se ha logrado al sacar a los electrones de cada átomo.

—¡Es fantástico!

—El trocito examinado me mostró que los núcleos atómicos carecían de electrones. ¡Todos habían desaparecido! Menos algunos, muy pocos átomos, que habían conseguido escapar a la fuerza que desposeyó a los otros de sus cargas negativas.

Los ojos de Nadia brillaron como lamparillas.

—Y para mi suerte, los átomos que quedaron intactos conservaban todas sus capas de electrones, todos sus «pisos». Eso me permitió identificar la materia que se había convertido en pre-materia.

—¡Increíble!

—Esa materia, mi querido profesor, correspondía a la aleación metálica que, en gran parte, constituía las grandes estaciones espaciales, la nuestra y la americana, que desaparecieron tan misteriosamente como ahora lo han hecho las centrales nucleares.

—¡Cielos! Entonces...

—La enorme masa de esas dos estaciones espaciales, tan grande como un grupo de edificios de veinte pisos, se convirtió en ese pedacito de materia de gran peso que se desplomó sobre aquel lugar de Cuba.

—Pero... —Volkariov buscaba afanosamente las palabras que debía emplear para formular una pregunta correcta—, ¿quién ha sido capaz de provocar tal cosa? ¿Quién puede poseer la forma de robar los electrones de la materia?

—Yo sería la primera, profesor, en desear contestar esa pregunta de forma correcta. No puedo hacerlo. Sólo puedo decir que «alguien» lo hace, que «ellos», sean quienes fueran, van a acabar con la humanidad al robarle las fuentes de energía sin las que no puede subsistir.

—Luego... ¿se trata de criaturas procedentes del espacio?

—Yo no me atrevería a calificarles de «criaturas», como tampoco a no hacerlo. Desde luego, profesor, aunque cueste decirlo, son «seres vivos».

Volkariov no supo lo que decir.

CAPITULO V

Tenía que volver a verla.

No hacía más que pensar en ella, soñar con ella. La pasión había ido creciendo en su pecho, y el tiempo se había convertido en algo interminable, intolerable, lejos de la mujer a la que amaba.

Tenía que ir a Moscú.

No era difícil, ni el viaje ofrecía grandes dificultades. Pero una vez allí, ¿podría entrar en contacto con una mujer a la que el Kremlin consideraba como un cerebro que le pertenecía por completo?

Alain había abandonado París al caer la noche. En su coche, tomó la primera carretera que se le ofreció, al azar, conduciendo aprisa, como si tuviera una cita urgente con alguien.

El aire primaveral y la excelente temperatura, le permitieron viajar en el descapotable con la capota recogida, sintiendo el aire agradable que le azotaba el rostro.

Conducía de forma automática, sin darse cuenta de los lugares que iba atravesando, con la mente volando lejos de allí, dejándose llevar a veces por los recuerdos de aquella maravillosa noche que había pasado junto a la rusa.

En cuanto al grave problema que se había desencadenado desde la desaparición de las centrales nucleares, ocho más desaparecieron en un solo día, aunque le preocupaba, ocupaba un segundo lugar en su mente.

¿Qué podía importarle lo que ocurriese en el mundo, si estaba lejos de lo que más deseaba?

Sí, tenía que ir a Moscú.

La aparición de una barrera policiaca, le hizo aminorar la marcha, hasta detenerse por completo ante un grupo de agentes que le interceptaban el camino.

—*¿Qué* ocurre? —preguntó al oficial de la Gendarmería que se había acercado al coche y que le saludaba cortésmente.

—No puede seguir por aquí, señor.

—¡Por qué?

—Toda esta zona está acordonada. A unos ocho kilómetros de aquí, se encuentra la central nuclear de Vermont.

—Es verdad.

—Nadie puede atravesar esta zona, señor. Lo lamento. Si desea seguir hacia el sur, ha de tomar la comarcal número 176.

Alain se encogió de hombros.

—Muy bien. No tiene importancia. Después de todo, sólo estaba tomando el aire.

—Bon voyage. *monsieur!*

—Merci bien!

Alain dio media vuelta, dirigiéndose hacia el cruce de caminos. Por un instante pensó si no sería mejor regresar a París; pero sin saber exactamente por qué, sintió ansia de coger aquella carretera secundaria. Tenía ganas de estar solo y de poder pensar a su guisa.

Entornó los ojos, y una vez sobre el asfalto de la comarcal, apretó el acelerador, hasta sentir, una vez más, la agradable caricia del viento sobre su rostro.

* * *

Indudablemente, el viejo Pierre Lemont no podía dormir. Dio vueltas en la cama, despertando casi a su esposa Madeleine que dormía a su lado. Finalmente, sin poder contenerse un solo instante más, saltó de la cama y, sigilosamente, se dirigió al otro dormitorio, en el extremo del pasillo, penetrando con cuidado, hasta acercarse al lecho donde descansaba su hijo

Gerard.

—¡Hijo!

Tuvo que insistir varias veces, hasta conseguir que el joven abriera los ojos. Como él, Gerard había trabajado casi sin descanso desde hacía tres días, casi con sus correspondientes noches, hasta dejar instalado el prodigioso «vitalizador» que su padre habia comprado una semana antes.

Pierre estaba orgulloso de su adquisición, pensando sólo en ponerla en marcha cuanto antes. Como todo agricultor serio, Lemont no confiaba demasiado en la maquinaria, cada vez más sofisticada, que la industria producía para mejorar la productividad del campo.

Pero, cuando en la Feria anual de Lyon, comprobó lo que podía conseguirse con aquella formidable máquina no dudó un solo instante en adquirirla, a pesar de su precio, gozando por anticipado en las magníficas cosechas que iba a obtener.

—Gerard...

—¿Qué ocurre, padre?

—Quiero ver cómo funciona.

El joven se sentó en la cama, estirándose glotonamente, bostezando sin parar, con los ojos cargados de sueño. Cuando consiguió despabilarse un poco, dijo, con un aire de respetuosa protesta:

—Pero, padre. Dijiste que lo haríamos mañana por la mañana.

—No puedo más, Gerard. He intentado dormir, pero ha sido imposible. ¡No aguanto más mi impaciencia!

Gerard lanzó un profundo suspiro, saltando a renglón seguido de la cama, y empezando a vestirse lentamente.

—Como quieras, padre.

—Te espero junto a la máquina.

—Bien.

Momentos después, padre e hijo se extasiaban ante el colosal aparato, de más de tres metros de altura, con sus paredes brillantes y repletas de mandos.

Pierre alzó la mirada hacia su hijo, mucho más alto que él.

—Recuerdas las instrucciones, ¿verdad?

—Sí, padre, no temas. El «vitalizador» envía, a través de los cables que hemos ocultado bajo los surcos, una energía especial, capaz de hacer que la materia viva que forma las plantas se desarrolle en condiciones óptimas.

—¡Hagámoslo!

—Ahora mismo.

Y Gerard empezó a poner en marcha los mecanismos del poderoso «vitalizador»...

* * *

AI llegar a lo alto de la cuesta, Alain detuvo el coche. Tenía ganas de estirar un poco las piernas, anquilosadas por la postura en el estrecho cubículo del convertible.

Salió de la carretera, tras haber apagado los faros del coche, empezando a descender por una suave pendiente. Un olor agradable a flores le acarició el olfato, y el poeta que llevaba dentro surgió con fuerza, extasiándose ante aquella noche primaveral, cargada de efluvios, tan en profunda contradicción con la angustia del mundo, y tan acorde con los dulces sentimientos que inundaban su corazón.

—Nadiuska...

Le gustaba aquel diminutivo, y cada vez que lo pronunciaba, era como si sintiese sobre sus labios el dulce gusto de los de la muchacha.

Siguió descendiendo, dejándose llevar por la pendiente, gozando íntimamente de su equilibrio inestable, hasta que se encontró en la llanura, junto a la cerca que delimitaba una extensa plantación cuyos brotes verdes formaban líneas paralelas hasta el infinito donde parecían unirse.

Entonces, cuando miraba hacia un grupo de árboles, situados a su derecha, los vio.

Al principio, le pareció como esos fuegos fatuos de los cementerios; eran como pequeñas

llamitas, de un color suavemente azulado, de luz muy débil, que flotaban a unos dos metros de altura, moviéndose lenta y parsimoniosamente entre las ramas de los árboles.

Su imaginación le hizo compararlos a grandes, inmensas luciérnagas que flotasen allí. El aspecto que ofrecían era ciertamente bellísimo, y Alain, una vez más arrastrado por su sentido poético, se quedó embelesado, pensando cómo podría expresar en verso lo que estaba viendo.

Casi en seguida, su imaginación fecunda le hizo pronunciar las primeras palabras:

Eran como dulces pensamientos flotantes.

como ideas cargadas con la luz amorosa,

como palabras dichas por una boca hermosa,

repetidas mil veces por los labios amantes...

Su inspiración se cortó allí.

El ruido de un potente motor alejó a su musa, y Alain, frunciendo el ceño, volvió la mirada hacia la silueta de la granja que se veía, a unos cien metros, a la derecha del lugar en el que se hallaba.

—¡Qué lástima! —murmuró contrariado.

Y fue entonces cuando vio que, procedentes de la granja, hilos luminosos, corriendo por cada surco, lo que dio al campo un aspecto fantástico.

—¿Qué diablos es eso?

Apenas había formulado en voz alta la pregunta, que un silbido le hizo volver la cabeza hacia las llamitas flotantes.

La manada de lucecitas se había puesto en marcha.

Todas, con una de ellas a la cabeza, se dirigían hacia la granja.

Alain se quedó parado unos instantes, pero movido por la curiosidad, saltó la pequeña verja, siguiendo a prudencial distancia a las «llamitas».

¿Qué podía significar todo aquello?

Debido a haber hallado un atajo, de cuya existencia no tenía la menor idea, consiguió adelantarse a las «luciérnagas». Por otra parte, los extraños objetos fosforescentes no parecían tener prisa alguna y flotaban despacio, en impecable formación, dirigiéndose directamente hacia el lugar de donde procedía el ronroneo incesante del motor.

Alain, que habia conseguido adelantarse, se ocultó tras un árbol, dispuesto a no perder nada de lo que iba a ocurrir; porque, en su interior, la intuición le decía que iba a ser testigo de algo verdaderamente extraordinario.

* * *

—Va a ser algo estupendo, hijo —suspiró Pierre contemplando con verdadero amor a la poderosa máquina.

—Antes de una hora —dijo Gerard—, tendremos las pruebas del crecimiento del plantel.

—¡Maravilloso!

Estaban profundamente emocionados, y el joven no sentía ya ni fatiga ni sueño, esperando con la misma ansiedad que su padre los portentosos resultados que iban a obtener.

—En realidad —dijo Gerard, que había hecho estudios en el Instituto de Agronomía de Lyon— se trata del envío de una suave corriente atómica que vitaliza las células vegetales, incrementando sus poderes de absorción.

El viejo se encogió de hombros.

—Todos esos detalles técnicos no me interesan —dijo sonriendo—. Los agricultores viejos como yo, sólo queremos resultados. ¡Cielos! Estoy deseando que amanezca para ver lo que ha ocurrido en nuestros campos.

—Ya falta menos, padre. Un poco de paciencia.

* * *

Las «luminarias» se acercaban a la granja.

Alain les vio seguir su lenta progresión. Una vez que hubieron llegado a unos treinta metros del muro tras el que se hallaba la máquina cuyo zumbido escuchaba el joven

Vilancourt, se unieron, fundiéndose los unos con los otros, formando una llama mayor y de más intensa luminosidad.

Entonces, de aquella masa de color azulado brotaron una serie finos tentáculos que fueron proyectados sobre la pared, que atravesaron sin dificultad alguna.

Algo prodigioso ocurrió entonces.

A lo largo de los tentáculos, una luz potentísima se dirigió hacia la masa, que fue cambiando de color, creciendo de tamaño y ganando luminosidad, hasta convertirse en una esfera de un rojo tan vivo que Alain tuvo que cerrar los ojos para no quedarse ciego.

Volvió la cabeza, apartando la mirada de aquel globo incandescente, viendo entonces que se abría la puerta de la granja.

No comprendió lo que sucedía hasta ver a un hombre de cierta edad que, empuñando una escopeta, gritaba como un loco. Otro hombre, mucho más joven que el primero salió de la casa.

—¡Padre! ¡Vuelve!

—¡Esos malditos me han robado la máquina!

Capaz, aparentemente, de resistir el fulgor rojizo de la esfera roja, el viejo corrió hacia ella, alzando los dos cañones de su escopeta.

Un fino tentáculo brotó de la masa, siendo proyectado sobre el hombre.

Ante los ojos atónitos de Alain, hubo como un chispazo... ¡y el viejo campesino desapareció como si nunca hubiese existido! El joven lanzó un grito.

Otro tentáculo cayó sobre él.

Algunos minutos más tarde, la esfera roja empezó a ascender lentamente hacia el cielo, hasta desaparecer por completo.

* * *

El avión volaba majestuosamente sobre un mar de nubes.

Todavía anonadado por lo que había visto, Alain, quien regresó aquella misma noche a París, prefirió no comunicar a nadie, ni siquiera a su padre, lo ocurrido.

Escribió una nota destinada al doctor Vilancourt, rogándole que le excusara, ya que se iba de viaje algunos días. Sabía que su padre estaba acostumbrado a aquellas excentricidades, pero no quiso revelarle su destino ni menos aún sus intenciones.

Llegó a Moscú al caer la tarde, y tras atravesar sin dificultad los servicios aduaneros, tomó una habitación en uno de los hoteles de la ciudad, preguntándose cómo podría entrar en relación con Nadia Spartokovna.

No iba a ser sencillo.

Pero a Alain no le arredraban las dificultades, y durante toda la noche, apenas si pudo conciliar algunas horas de sueño, intentó hallar la manera de encontrar a la mujer que amaba.

A la mañana siguiente y utilizando el teléfono y la guía, llamó a los principales centros científicos de la capital moscovita, y cuando ya empezaba a desesperar, una agradable voz femenina puso un poco de esperanza en su corazón.

—Conozco a Nadia y soy su amiga —dijo la voz—. Me llamo Irina. Fuimos juntas a la Universidad y trabajamos en el mismo centro, aunque yo lo hago fuera del área restringida.

—Desearía verla.

Hubo una pausa al otro lado de la línea.

—No va a ser fácil, señor...

—Me llamo Alain Vilancourt.

Una risa agradable le sorprendió.

—¡Haberlo dicho, hombre! Nadia me ha hablado mucho de usted. Y tiene suerte, ya que ambas vivimos juntas, en el mismo apartamento.

—Entonces..., ¿podré verla?

—Veremos lo que puede hacerse. En realidad, tendrá usted que venir a buscarme, a la salida del trabajo. Yo no soy una persona importante y no estoy vigilada. Puedo salir con quien desee, pero no recibirle en mi casa, por causa de mi compañera de piso.

—¿Entonces?

—Venga a buscarme a las seis. El Centro está situado en la plaza Dóliskaia, ¿la conoce?

—No, pero me informaré.

—Llevaré un impermeable azul y un pañuelo rojo anudado a la cabeza. Compórtese como un enamorado, y béseme nada más saludarme. Es necesario, ya que nadie nos seguirá.

—Está bien; pero... ¿y Nadia?

De nuevo oyó aquella simpática risa.

—Usted haga lo que le digo.... y no se preocupe por más.

—Gracias.

—Es maravilloso poder ayudar a dos enamorados.

CAPITULO VI

Grandes altavoces difundían las últimas noticias. A Alain le fastidió no conocer el ruso, pero por la expresión sombría de los que escuchaban el comunicado, comprendió que se trataba de malas, de muy malas noticias.

Luego, cuando salía del Metro, vio un letrero luminoso que reproducía un mapa mundi, señalando con puntos rojos las centrales nucleares que habían desaparecido. Fijándose en el gran número de puntos rojos, el francés no pudo por menos de estremecerse, percatándose de la cantidad de zonas de la Tierra donde se faltaba ya de energía.

Nunca había pesado sobre la Humanidad un peligro tan certero; era un golpe a traición, directamente dirigido al talón de Aquiles de una complicada civilización que vivía sólo gracias a la energía.

Unos cuantos cientos de metros más, y Alain vio alzarse ante él el gigantesco edificio del Centro Técnico, con sus 44 pisos y sus muros de cristal y de aluminio. Cruzó la plaza, deteniéndose en la amplia acera, justo en el momento, eran las seis de la tarde, hora de Moscú, en que empezaban a salir, a chorros, los empleados del centro estatal.

Fue entonces cuando Alain se sintió más desamparado que nunca; porque, ¿cómo iba a reconocerle la joven rusa? Nunca le había visto, y el francés llevaba un atuendo igual al de casi todos los varones rusos a los que veía. Largo abrigo de piel y gorro de la misma sustancia, ya que la verdadera primavera no había llegado aún allí.

Su hermosa esperanza se vino abajo, diciéndose que no tendría la fortuna, todavía aquel día, de entrevistarse con la muchacha. Y fue entonces, justo cuando se dejaba llevar por la oleada de pesimismo que le estaba invadiendo, que un brazo se cogió al suyo, al tiempo que con voz dulce decía:

—¡Bésame!

Se inclinó sobre el rostro de la mujer, casi enteramente cubierto por el pañuelo rojo que le tapaba la frente y los ojos.

Y la besó.

Fue como si recibiera una fuerte descarga eléctrica. Se quedó sin aliento, intentando comprender algo que se escapaba a toda lógica. Porque, lo hubiese jurado mil veces, aquel beso le había recordado los labios inolvidables de Nadia.

—¡Vamos!

La joven le tomó por el brazo, instándole a apretar el paso. Momentos después, descendían por la escalera mecánica del Metro de la Velszoskaia. Descendieron más tarde, dirigiéndose hacia una aglomeración de edificios, todos ellos formados por bloques de construcción reciente. Precediéndole, la muchacha le condujo hasta un apartamento del primer piso. Nada más entrar en la casa, Alain se percató de que ni siquiera había sido ocupada, y que muebles y enseres estaban sin estrenar.

—¿Cuándo podré ver a Nadia? —preguntó cuando la joven hubo cerrado la puerta.

Ella dejó el pañuelo rojo que le cubría la cabeza.

—¿Es que no me reconoces, amor mío?

Lanzó él una exclamación de asombro.

Porque Nadia Spartakovna, la mujer amada, estaba ante él.

* * *

Hans von Köller volvió a releer las notas que había tomado durante toda la noche. Sonrió, al cerrar el libro que estuvo consultando, sin descanso, y que además podía decirse que conocía de memoria.

Era un libro en lengua alemana, cuyo título decía: *Algunos aspectos de la materia fuera de los conceptos actuales.* El tratado tenía, a los ojos de Hans, capítulos carentes de interés; pero uno de ellos, firmado por la química rusa Nadia Spartokovna, había llamado poderosamente su atención.

Von Köller tuvo la maravillosa oportunidad de visitar los «restos» de las tres centrales nucleares que habían desaparecido en territorio de Alemania Oriental, donde el joven físico residía.

De la misma manera que sus colegas soviéticos se encontraron ante un extraño y paradójico «meteorito», lo que Hans pudo comprobar y analizar, especialmente en lo que quedó de la central de Beisberg —la que más detenidamente visitó—, correspondía exactamente a lo descrito por la Spartokovna como pre-materia: una sustancia carente de electrones, que se había contraído hasta, con un diámetro de unos cincuenta centímetros, pesar cerca de doscientas toneladas.

También halló el alemán restos de electrones en algunas de las porciones de los «restos de la central», lo que le llevó a pensar que «una fuerza» especial había conseguido apoderarse de las cargas negativas, no dejando más que los protones centrales y algún que otro neutrón.

Nunca se le pasó por la cabeza que lo que estaba ocurriendo tuviera la menor relación con una novelesca «invasión espacial».

La cosa debía ser mucho más sencilla, a pesar de ser tremendamente complicada.

Hans era un muchacho seco, alto, con una barbita de chivo que daba a su rostro, de por sí ya longuilíneo, el aspecto de un retrato ejecutado por El Greco.

Cuando después de examinar todos los datos que había conseguido obtener, y repasar cuidadosamente la teoría de la joven químico rusa, llegó a una luminosa conclusión, no dudó un solo instante en preparar su viaje para Moscú, seguro, sin atreverse a confesárselo aún, de haber encontrado algo de la mayor importancia.

Para un técnico científico de la Alemania del Este, el viaje a la URSS era sumamente sencillo, así como entrar en relación inmediata y directa con cualquier colega soviético.

Von Köller llegó a la capital rusa en una mañana en que la primavera, por fin, se atrevía a mostrarse. Cuando, media hora más tarde, penetraba en el Centro moscovita, estaba más seguro que nunca de poder dar a su colega rusa una excelente sorpresa.

Pero no halló a Nadia Spartokovna.

Llevaba una semana ausente del centro, y nadie sabía lo que había sido de ella. Aunque el germano habló con algunos técnicos, se percató en seguida de que el asunto Nadia era muy delicado, y que los servicios de seguridad del Estado estaban investigando su desaparición.

Hans se sintió profundamente defraudado, ya que consideraba de la mayor importancia su encuentro con la rusa, seguro de aportar a las teorías de la Spartakovna elementos de gran valor, que hubiesen ayudado a resolver el problema que pesaba sobre el mundo entero.

O, al menos, así lo creía el joven Von Köller.

Estaba ya abandonando el Centro, cuando una joven de aire avispado se acercó a él, en uno de los pasillos.

—Camarada…

—¿Si?

—Me ha parecido ver que estabas buscando a alguien.

—Así es. Estoy buscando a la químico Spartokovna.

—¿Nadia? ¿Para qué la quieres?

—Vengo de Pankov, donde soy profesor de Física atómica, y deseaba tener una detenida conversación con esa mujer.

Los ojos de la joven rusa chispearon.

—Yo sé dónde está.

—¿De veras?

—Sí. Pero antes de decidirme a hablarte tenía que estar segura de que no eras un agente de Seguridad.

—¿Yo... agente? —dijo el germano echándose a reír.

—Ahora sé que no lo eres. Espérame en la puerta del Metro. Antes de diez minutos, me reuniré contigo.

* * *

Nadia miró con fijeza al joven que acababa de presentarle su amiga Irina Fedorovna.

—No sé cómo piensas, camarada - le dijo—, pero yo no deseo trabajar más, como científico, para un gobierno determinado, sea el que fuere. Considero que nuestra labor ha de desarrollarse para la humanidad entera.

Hans se echó a reír.

—¡Curioso! — dijo—. ¿Has oído hablar de la organización «Kosmos»?

—No.

—Se trata de una idea, nacida de muchos cerebros privilegiados del mundo. Los que trabajamos en estos menesteres, los llamados «hombres de ciencia» o «investigadores», deseamos asociamos para llevar a cabo toda la labor en conjunto, sin depender de nadie, como tú acabas de decir.

—¡Eso es una utopía!

—No lo creas, Nadia. Muchos de los nuestros están ya en comunicación con sabios de todos los demás países. Nuestro propósito es muy sencillo: aprovechando el Congreso Mundial de la Ciencia, que ha de celebrarse en París en noviembre próximo, nos encerraremos en el edificio del Congreso, negándonos a abandonarlo hasta que todos los gobiernos del mundo acepten nuestras proposiciones.

—¿Que son...?

—Ninguna idea política, ningún interés nacional, ningún gobierno estará capacitado para acaparar los conocimientos de sus científicos. Todos ellos trabajarán en común para bien de todos. Y, naturalmente, se intercomunicarán cualquier descubrimiento que hagan, sea de la clase que fuere.

—¡Es maravilloso!

—Desde luego que lo es, y además perfectamente realizable, sobre todo, en las circunstancias actuales.

—¿Qué quieres decir?

—Que tenemos, por vez primera, la sartén por el mango. El mundo entero se encuentra ante algo terrible. De seguir las cosas como hasta ahora, la humanidad será incapaz de subsistir dentro de muy poco tiempo. Hay zonas que dependen ya de otras, en cuanto a energía se refiere. Graves restricciones han sido impuestas en muchos países.

—Lo sé.

—Las fábricas, de todas clases, empiezan a detenerse, y muy pronto no habrá energía ni para vencer el frío. Los transportes comienzan a paralizarse...

Hizo una pausa.

—Si ellos se doblegan a nuestras exigencias, podremos sacarles del atolladero.

Nadia no dijo nada. Estaba observando al alemán, preguntándose si estaba en su sano juicio. Quizás aquellas curiosas ideas de comunidad de ideales en los hombres de ciencia le había trastornado un poco...

—¿Puedo preguntarle algo? —inquirió.

—Desde luego.

Alain no había pronunciado ni una sola palabra. Después de la corta presentación que había hecho Irina, do dejó de observar al germano, aunque no pensaba de él como Nadia.

A los ojos del francés, Hans von Köller era un iluminado. Un poeta como él, aunque seguramente no sabría hacer versos, pero que era capaz de descubrir la belleza que le rodeaba,

y sabía servirse de ella para combatir el mal.

—¿Qué cree usted que está ocurriendo en el mundo?

Hans sonrió.

—Es muy sencillo, señorita Spartokovna: alguien roba los electrones de la materia, convirtiéndolo en lo que usted bautizó con el nombre de pre materia.

—¿Y quién es ese alguien?

—Sospecho algo, aunque no puedo contestar claramente a su pregunta; para mí, se trata de «electrófagos», devoradores de energía o comedores de electricidad, que es lo que quiere decir el nombre de «electrófagos».

—Y esos electrófagos, ¿qué clase de cosas son?

—Seres vivos.

—¿Eh?

Fue Alain quien se admiró de que sus ideas coincidiesen con las del germano. Había explicado a Nadia lo que observó en Francia, y ahora estaba seguro de no equivocarse.

—¡Yo los vi! —exclamó—. Yo les vi actuar...

Y explicó al germano todo lo que había visto en aquella memorable noche.

Hans asintió con la cabeza.

—Esperaba algo semejante —dijo—. Se trata de criaturas que vagan por el espacio, sin duda en busca de la energía que necesitan para vivir, crecer y reproducirse. Lo que ha ocurrido es que la Tierra ha atravesado una zona habitada por esos curiosos seres.

—¡Que van a destruirnos! —exclamó Nadia.

Volvió a sonreír el germano.

—No lo crea, señorita. Al menos, no pierda usted todas sus esperanzas.

—¿Cree usted que existe algún medio para combatirlos?

—Todavía no estoy seguro de nada. Sin embargo, la lectura de sus artículos me ha dado ciertas ideas.

—¿Qué clase de ideas?

—Usted ha definido de manera magistral la existencia de la pre-materia como algo que precedió a la aparición de la materia. El que los «electrófagos» conviertan la segunda en la primera, demuestra que son criaturas nocivas para la marcha normal del universo. Es como si quisieran volver atrás, empezar cuando el cosmos no era más que caos.

Alain no pudo por menos de intervenir.

—Es curioso —dijo—. Siempre he pensado que el estado de caos correspondía a una disociación de la materia, en la que sus elementos andaban libres, antes de ordenarse. Yo no soy un físico, ni muchísimo menos, pero me parece ver a los núcleos atómicos por una parte... y a los electrones libres, hasta que los unos fueron atraídos por los otros.

—¡Muy hermosa su imagen! —exclamó el germano—. ¡Verdaderamente extraordinaria!

—Eso quiere decir, si no le he entendido mal —prosiguió diciendo Alain— que sus famosos «electrófagos» desean convertir el orden en desorden, el todo en nada.

—¡Exactamente!

—Es —se embaló el francés— como si los poderes del Mal en el universo deseasen destruir todo lo que ha costado miles de millones de años.

—Eso es.

Nadia pasó tiernamente su mano por los cabellos de su amado.

—Dejémonos de frases bonitas y de fantasías, querido. Y permitamos que el señor Von Köller nos diga de qué manera vamos a salir de este atolladero.

—Torciendo los deseos de los «electrófagos».

—¿Cómo? —insistió la joven.

—Permita usted..., esas criaturas necesitan la energía de las partículas negativas; es decir, de los electrones. Desprecian los núcleos positivos y los neutros. Sus organismos no toleran más que la presencia de electrones, que les proporcionan la energía que necesitan para vivir.

—Así debe ser.

—Cualquier partícula que alterase la recepción pura de electrones, causaría a los electrófagos un mal incalculable, lo que quiere decir que los mataría.

—Así debería ocurrir.

—¿Está usted de acuerdo?

Nadia sonrió levemente.

—En principio, sí —repuso—, pero hay que saber lo que usted piensa como método de anular ese poder de captar los electrones de la materia.

—Yo no he hablado de anular un poder, sino de hacer una trampa. Para explicarle las cosas con mayor claridad, es como si deseásemos envenenar la comida de esas criaturas.

—Y esa comida, como usted dice, son los electrones.

—En efecto.

—Y usted quiere... envenenar a los electrones —sonrió la muchacha de nuevo—. ¡Me gustaría saber cómo!

—Haciendo que fueran acompañados por positrones.

—¿Eh?

—Usted conoce la técnica lo mismo que yo, profesora Spartokovna. Si supiésemos solamente cuál va a ser el próximo objetivo de esos seres, aunque ya sabemos que tienen una especial predilección por las centrales nucleares, podríamos preparar el material, alcanzando un momento crítico en las partículas y haciendo que el chorro de electrones que ha de ser absorbido por los electrófagos, vaya acompañado por positrones.

—¿Y qué ocurrirá?

—Que al llegar a los organismos de esas criaturas, electrones y positrones, corpúsculos de cargas contrarias, se anularán mutuamente, dando una carga neutra y, por ende, incapaz de proporcionar la energía que necesitan los electrófagos.

—¡Es fantástico! —exclamó Alain.

—¡Formidable! —coreó Irina.

—Acepto su idea —dijo Nadia—, y creo que deberíamos experimentarla cuanto antes.

—¿Dónde?

—He estudiado en el mapa la progresión de esas bestias. Todas las centrales nucleares atacadas hasta ahora; es decir, desaparecidas, forman una serie de líneas que corresponden a los paralelos de la tierra, y que han partido exactamente del ecuador. Por lo tanto, podemos predecir, con muy poco error, las centrales que van a ser atacadas en los próximos días.

—Eso es estupendo. Pero ¿cómo ha llegado a esa conclusión?

—Creo poder explicarlo. Sus famosos electrófagos flotan en el espacio y son tan ligeros, que siguen el movimiento de rotación de la Tierra, ascendiendo lentamente hacia el hemisferio norte o descendiendo hacia el hemisferio sur, siguiendo líneas posiblemente magnéticas.

—Entonces, ¿tiene alguna idea concreta sobre el lugar donde podríamos experimentar mi idea?

—Creo que sí. Si no me equivoco, la más cercana a nosotros, de las centrales nucleares que serán destruidas, es la de Kiev, la capital de Ucrania.

CAPITULO VII

Formando parte del comité que iba a estudiar la extraña proposición del físico alemán, Ivgeni Iliuchenko se mordía interiormente de rabia, y por eso había destinado la primera parte de su intervención a atacar sin contemplaciones a la doctora Spartakovna.

—Nuestra camarada —dijo con especial acritud—, ha faltado gravemente a su deber, desapareciendo durante toda una semana del Centro en el que prestaba sus servicios. ¡Y ahora nos viene con que estaba preparando un plan para luchar contra el peligro que amenaza a la humanidad!

Dijo muchas cosas más, que hubiesen hecho mella en los miembros del comité, de no ser porque estaban más interesados en lo que iba a formular Von Köller que en un castigo por desobediencia que carecía absolutamente de importancia.

Dejaron, pues, que Ivgeni vertiera su veneno. Luego, el decano del comité, que era precisamente el geólogo Leon Volkariov, contestó a Iliuchenko con una sonrisa burlona en los labios.

—Te prometemos, camarada —le dijo—, que en cuanto se haya solventado este peligroso asunto, tomaremos serias medidas contra la camarada Spartakovna; pero, por el momento, la gravedad de la situación actual nos obliga a posponer cosas de mucha menor importancia.

Y volviéndose hacia el trío que ocupaba un banco ante la mesa del comité:

—Tiene usted la palabra, señor Von Köller.

Basándose en los estudios de Nadia, el germano explicó detalladamente su idea. Demostró, nada más empezar a hablar, sus profundos conocimientos en átomos y su estructura, y al referirse a su audaz plan:

—Tenemos que provocar un chorro de protones en el mismo instante en que los electrones. A la velocidad de salida de sus órbitas, los electrones no reaccionarán en presencia de las cargas positivas, y la reacción no acontecerá más que cuando ambas partículas se hallen en el interior de esas criaturas.

—¿Interior dice usted? —preguntó Alexis Voloniev—. ¿Cree usted verdaderamente que poseen una estructura compleja?

—Yo nunca he afirmado nada semejante —se defendió el físico—. Pero, de todos modos, algo que es capaz de convertir la energía de los electrones en su propia existencia, ha de ser forzosamente un organismo bastante complicado.

—El joven francés afirmó que eran como pequeñas luminarias, ¿no es cierto?

Alain creyó llegado su turno de hablar.

—Eran luces, como luciérnagas que flotasen a una cierta altura del suelo. Su color, antes del ataque, era azulado, pero muy débil. Después, cuando destruyeron aquella máquina agrícola, como cuando hicieron desaparecer a los dos hombres, su color era rojo intenso.

—¿Cuántos vio usted?

—Su número, al principio, era de unos cincuenta: pero, como le expliqué a la doctora Spartokovna, se reunieron todos para lanzar aquella especie de finos tentáculos.

—Eso parece indicar—intervino el alemán— que necesitan formar un solo cuerpo para absorber la energía. Solos, por lo que se deduce de las observaciones del señor Vilancourt, son incapaces de llevar a cabo su misión de electrófagos.

Ivgeni, que para su gusto había permanecido callado demasiado tiempo, rompió el silencio que siguió a las palabras de Hans.

—Estamos perdiendo lamentablemente el tiempo —dijo—. Yo desearía que se me explicase con detalle como asociar electrones y protones o positrones...

El germano sonrió.

—Vamos a utilizar una cámara Chambers —dijo— un acelerador de partículas que, manteniendo la integridad del núcleo, permita que positrones y electrones sigan el mismo

camino.

—¿Y usted cree que se neutralizarán una vez en el interior de esos organismos?

—Desde luego que sí, señor Iliuchenko —sonrió el germano—. Puede usted contar con ello...

Algo notó Nadia en los ojos de Hans, pero no dijo nada, aunque al mirar a Alain, que estaba a su lado, percibió que el francés había notado también el brillo curioso que había aparecido en los ojos del joven físico.

* * *

—¿Ha regresado Alain? Nadia denegó con la cabeza.

—Llegará en el avión de esta tarde.

—Está bien —repuso Hans.

Habían volado de Moscú a Kiev en un aparato especial, con las órdenes pertinentes para que las autoridades ucranianas siguieran sus instrucciones al pie de la letra.

—Como has podido ver —dijo Von Köller a la muchacha, al regresar al edificio donde se albergaban—, hemos requisado un vehículo pesado, en cuya plataforma se va a montar un pequeño reactor nuclear, del tipo pila 3.

—Ya lo he visto.

—Ese vehículo se situará en una zona no lejana a la central nuclear. El coche en cuestión, aunque debiéramos llamarle supercamión, va dirigido por radio, y su receptor estará pendiente de las instrucciones que le envíen uno de los 200 equipos de vigilancia que rodearán la Central.

—¿Por qué tantos?

—Porque no podemos saber en qué dirección van a llegar los electrófagos. Basándonos en los informes de Alain, sabemos que esas criaturas se desplazan muy lentamente, debido a su pobreza de energía, y es entonces cuando ofrecen ese débil color azulado y se mueven individualmente.

—Entiendo.

—Lo contrario pasa cuando han tomado la energía que necesitan. Entonces, se agrupan y consiguen moverse a gran velocidad, como Alain contó que les vio elevarse hacia el espacio.

—¿Y qué ocurrirá cuando sean vistos?

—El puesto de vigilancia que les aviste antes que los demás enviará una señal por radio al lugar donde estaremos nosotros.

—Una especie de Puesto de Mando —sonrió la muchacha.

—Sí, algo así.

—¿Y luego?

—Recibida la señal, ordenaremos al vehículo que se dirija hacia los electrófagos, situándose entre ellos y la Central. En cuanto esas criaturas detecten la energía, lanzarán hacia ella sus tentáculos... y recibirán, además de los electrones que desean, nuestra pequeña sorpresa de positrones.

Ella alzó la cabeza para lanzar una mirada interrogante al germano.

—Oye, Hans..., ¿puedes decirme algo?

—Lo que tú quieras.

—¿Por qué has enviado a Alain a tu casa de Pankov?

El le guiñó un ojo.

—Porque deseaba que mi rival se alejara —dijo cayendo de rodillas ante ella—. Porque te amo, Nadia...

La rusa se echó a reír.

—¡Anda, Hans! No hagas más payasadas... y dime la verdad.

—No puedo —dijo poniéndose bruscamente serio—. Porque no es una cosa que pueda decirse, sino que hay que verla... y tú la verás muy pronto.

—Pero... —insistió Nadia—, ¿de qué se trata?

—Un poco de paciencia, cariño. Voy a decirte algo. Lo que tu maravilloso poeta va a traer es nuestro comodín. Esa carta que hará que, por muy buen juego que tenga el contrario, incluso si tiene un póquer, nosotros tendremos un repóquer.

* * *

A Iliuchenko le temblaban un poco las piernas, aunque consiguió, cuando le invitaron a penetrar en la gran sala, adoptar aquella postura de suficiencia que era como si mirase a los demás por encima del hombro.

De todas formas, estaba profundamente emocionado. Y aunque tenía confianza en salir airoso, no dejaba de pensar en ciertas contingencias que suelen presentarse cuando menos lo piensa uno.

Desde que conoció el plan del germano, Ivgeni vio en él la maravillosa posibilidad de convertirse en un personaje de fama mundial, sacando de ello el máximo provecho.

Por eso, sin dudarlo un instante, comunicó al Presidium Supremo «su descubrimiento», prometiendo solemnemente que ninguna otra central nuclear soviética sería destruida, y que además se encontraba en posesión de los medios para evitar que el peligro de la carencia de energía asolase al mundo.

Cuando, diez minutos después de haber entrado en la gran sala, subió a la tribuna y empezó a hablar, supo de inmediato que había ganado la partida.

Las aclamaciones, cuando terminó su discurso, duraron largo rato.

Finalmente, el Presidente de la URSS fue a la tribuna para estrecharle la mano.

—Demuestre al mundo la superioridad soviética, camarada Iliuchenko —le dijo con voz fervorosa—. Hágales ver que ninguna de nuestras centrales desaparecerá, y les brindaremos nuestra ayuda, evitando que las suyas sean destruidas. Por fin, el mundo va a tener que inclinarse ante nuestro magnífico gesto.

* * *

La noche era excepcionalmente oscura. Una quietud casi mineral daba al aire tranquilo una calidad de algo sólido, y así se respiraba con dificultad, como si la atmósfera se hubiese enrarecido bruscamente.

Habían tomado una casita de campo, a unos quince kilómetros de la Central nuclear, instalando en ella les aparatos para la guía direccional del vehículo.

Dieciocho paneles representaban a los dieciocho vigilantes que, ocultos en la noche, atisbaban en espera de la llegada de los electrófagos.

Alain había regresado de Pankov, entregando a Hans una pequeña maleta negra. Sonriendo, el germano había desaparecido durante una larga hora, dejando a la pareja sola.

—¡Maldito granuja! —exclamó Nadia que había dedicado los diez primeros minutos a controlar los aparatos—, ¿Sabes que no ha querido decirme lo que has ido a buscar?

Alain sonrió.

—Querrá darnos una sorpresa.

—¡No me gustan las sorpresas!

—Pero, por lo visto, a él, sí. Es un excelente muchacho, querida.

—No lo niego.

—Y un hombre dotado de una inteligencia prodigiosa.

—Me gusta más el sentido bondadoso que posee. Y esa maravillosa idea de liberar a todos los investigadores del mundo del dominio gubernamental.

El francés movió ligeramente la cabeza.

—En ese aspecto —dijo—, aunque confieso que me encanta, me parece más bien un soñador de utopías.

—Tampoco creo yo que lo consiga. Hay demasiados intereses mezquinos para que los que mandan cedan en algo que consideran tan importante.

A su regreso, Hans parecía del mejor humor del mundo.

—Ya está todo preparado —dijo dejando la maleta encima de una de las mesas auxiliares —. Y hablando de cosas interesantes, ¿habéis oído la radio?

—No.

—No tuve la ocasión de oírla esta mañana, cuando Nadia fue a buscarte al aeródromo. Y lo pasé maravillosamente bien escuchando a ese interesante tipo que es Iliuchenko.

—¿Habló Ivgeni por la radio? —inquirió Nadia frunciendo el ceño.

—Sí. Aunque en realidad, lo que hicieron fueron repetir su discurso en el Kremlin, donde seguramente fue grabado.

La rusa abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Ivgeni en el Kremlim? ¿Qué se le había perdido allí?

—Se ha convertido en el personaje más importante del país —dijo el alemán—, en espera de serlo del mundo entero. Ha prometido al Presidium acabar con la plaga de desapariciones de centrales nucleares, primero aquí, en Rusia, y luego en el mundo entero.

—¡No! —exclamó Nadia.

—Sí —sonrió Von Köller.

Alain se echó a reír.

—Ese hombre es el caradura más grande que jamás he conocido.

—Yo me alegro que sea famoso.

—¿Estás loco? —se alteró la muchacha—. El no ha tenido nada que ver con esto. Si alguien tiene el mérito de la idea de combatir a los electrófagos... ¡ése eres tú!

—No seas modesta, madrecita —dijo Hans—. Nada hubiera hecho yo de no ser tus trabajos sobre la pre-materia.

—Es igual. Si quieres que seamos tú y yo, de acuerdo. ¡Pero no ese fantoche!

Hans lanzó una mirada inteligente a la muchacha.

—Los fantoches, querida —dijo con voz dulce—, juegan también su papel en este bajo mundo. Son tan necesarios como todo lo demás.

Pero Nadia no estaba de humor para escuchar finezas.

—¿No tienes sangre en las venas, Hans! Yo no dejaría que alguien, con tan pocos escrúpulos como Ivgeni, me robase mi idea.

—Es natural que alguien se aproveche de las ideas de los demás. Siempre ha ocurrido así, Nadiuska. Y siempre ocurrirá de ese modo.

* * *

Fedor Ivanovitch no había entendido muy bien de qué se trataba todo aquello. Segundo sargento del Ejército rojo, le habían llamado, junto a los demás hombres de su grupo, para vigilar los alrededores de la gran Central nuclear de la región de Kiev.

Todo lo que sabía es que debía detectar la presencia de una especie de pequeñas llamitas que vería flotar sobre el suelo.

Como todos los eslavos, Fedor era muy supersticioso. Y aquellas llamitas le traían a mal traer, porque hubiese preferido mil veces esperar la llegada de fuerzas enemigas, con su buena metralleta en las manos, dispuesto a «cargarse» a todos los que se atreviesen a ponerse a tiro.

Por eso, cuando vio surgir ante él a aquellas luciérnagas de color azul pálido, no pudo evitar el echarse a temblar. Porque había oído hablar de esos fuegos fosforescentes que suelen aparecer sobre las tumbas.

De todos modos, Ivanovitch era un soldado capacitado para reaccionar en el menor tiempo posible, y dominando el terror que sentía, envió la señal de alarma, pagándose luego al suelo, esperando que aquellas lucecitas pasaran de largo.

* * *

—¡Sector nueve!

Moviéndose con la velocidad del rayo, Hans pulsó los mandos que iban a poner en marcha el pesado vehículo con su carga sobre la gran plataforma.

Luego, volviéndose hacia los otros:

—¡Quiero verlo! —dijo sonriente.

Salieron los tres, encaminándose hacia el sector nueve, sabiendo que tenían tiempo suficiente para asistir al primer choque entre la inteligencia humana y un poder que podía calificarse de negativo y casi de diabólico.

Un altozano les proporcionó un lugar ideal para seguir el curso de los acontecimientos. Dotados de poderes gemelos, enfocaron la llanura que se extendían alrededor de la Central, cuya masa imponente se adivinaba más que se veía a su derecha.

—¡Ya los veo! —exclamó Alain.

—Yo también —dijo el alemán—. Son exactamente como los describistes.

—El grupo es bastante numeroso —terció Nadia—. Creo que he contado ochenta.

—Ochenta y dos, exactamente —dijo Hans.

Y después de un corto silencio.

—El camión debe encontrarse ya en su lugar. No tardarán mucho en percibirle.

—¿Crees que les guía algún instinto especial? —inquirió la rusa.

—Algo mucho más sencillo —replicó Von Köller—. Debe tratarse de un tropismo de naturaleza eléctrica. De la misma manera que las hojas verdes de las plantas se orientan hacia la luz, movidas por lo que llamamos un fototropismo positivo, esas criaturas deben orientarse hacia el lugar donde la energía reside.

—¡Mira!

—¿Qué?

—¡Se están agrupando!

—Es que ya han percibido lo que lleva encima el camión. Es curioso...

—¿El qué?

—Esa manera de reunirse para cobrar la fuerza suficiente como para enviar sus tentáculos. Esto me hace pensar que el verdadero electrófago es el que forman todas esas llamitas.

—¿No lo son cuando están separados?

—Creo que no. Les ocurre como a las hormigas y a las abejas: separadas, no representan nada y nada podrían hacer. Para convertirse en lo que verdaderamente son han de formar colmenas u hormigueros.

Y tras una pausa.

—Hay alguien que dice que hormigas y abejas no son más que las células separadas de un gran cuerpo. Ahora estoy convencido de que lo mismo pasa con los electrófagos.

—¡Están lanzando los tentáculos!

En efecto, brotando de la masa azulada, finos rayos, así parecían, salieron proyectados hacia el camión. Inmediatamente, una luminosidad potente corrió por aquellos finos caminos, partiendo de la pila atómica para ir iluminando más y más intensamente la masa del electrófago.

—¿Se llevan la energía?

—Y la sorpresa... —sonrió Hans que se estaba mordiendo los labios de impaciencia.

—¿Crees que veremos algo?

—Eso espero, Nadia. Y lo espero, sobre todo, porque me dolería mucho que nuestro querido Iliuchenko fracasara.

—¡Vete a paseo, Hans!

Fue entonces cuando aconteció lo que estaban esperando.

La intensa luz roja que había invadido el cuerpo del electrófago, se apagó como una bombilla que acaba de explotar. Quedó, no obstante, una especia de fosforescencia amarillenta, que permitió a los humanos ver cómo se desintegraba la masa total, cayendo sobre el suelo en una forma que recordaba el polvo del carbón.

—¡Hemos vencido! —exclamó Nadia.

—Así es.

Alain se quedó callado, y sin darse cuenta, dejó que sus labios formulara aquellos famosos versos:

«Todo ser lleva dentro la esencia del no ser,
ya que el no-ser es el final del ser...

CAPITULO VIII

Estaban sentados en la salita, sonrientes, dichosos. No obstante, de los tres, Nadia parecía la única irritada, ya que no le había convencido nada la idea de Hans de ir a visitar, en su nuevo y flamante despacho de Moscú, a Ivgeni Iliuchenko.

—No te comprendo, Hans, amigo mío —dijo sin poderse contener más—. O eres demasiado bueno o tonto de capirote.

—¿Por qué, mi pequeña Nadia?

—Porque yo no ayudaría en nada a ese tipo. Se debe estar riendo de nosotros.

—No temas.

Nadia se volvió a Alain.

—¿No estás de acuerdo conmigo, querido?

El francés se inclinó para besarle en la mejilla.

—Cálmate, cariño. Yo confío en Hans. Además, yo sé lo que te pasa. Ya me contaste la clase de impertinente asiduidad con que te perseguía Ivgeni.

—¡Es un puerco!

—Desde luego, pero ya has comprobado que desde que sabe que eres mi prometida, nunca ha osado volver a insinuarse.

—Porque además de fantoche, es un cobarde.

—¡Estas mujeres! —sonrió el germano.

Fue en aquel momento en el que el ujier penetró en la sala de espera.

—El profesor Iliuchenko les espera que pasen.

El despacho parecía el de un jefe de gobierno. Nunca habían visto nada parecido, ni mucho menos a un personaje que se adaptaba tan perfectamente a la riqueza y suntuosidad del entorno.

Con un traje impecable, sonriente y cargado como siempre de aquella intolerable superioridad, lvgeni les acogió con la mejor de sus sonrisas.

—Lamento advertirles que sólo puedo concederles unos minutos. La verdad es que les he recibido por la amistad sincera que nos une.

—Es usted muy amable, profesor —dijo Hans, quien se sentó con los otros. Desde detrás del despacho directorial,, lvgeni les miró, al tiempo que fruncía el ceño.

—¿Y bien...?

—Nos alegramos muchísimo —dijo Hans— de los triunfos que ha conseguido usted. Nos hemos enterado de que además de haber tomado disposiciones para la defensa de las centrales nucleares rusas ha ofrecido usted su ayuda a los demás países del mundo.

—Así es.

—Todo eso demuestra su altura moral, profesor. Sólo desearía que todo le saliera a pedir de boca...

—¿Qué quiere usted decir?

—Que le deseo todo el bien del mundo. Y como sé que entre las centrales que usted protege con vehículos como el que utilizamos en Kiev, se encuentra la siberiana de Kulmask, sólo me atrevo a pedirle que obtenga datos de lo que esta noche ha pasado allí.

—¡No ha pasado nada!

—Usted debería haber sido informado, ya que según nuestros cálculos, además de ocho centrales más, no rusas por supuesto, los electrófagos habían llegado a ese meridiano.

—¿Y qué?

—¿Por qué no llama usted a sus informadores?

Ivgeni se encogió despectivamente de hombros.

—Supongo que las centrales no soviéticas han desaparecido como siempre, pero no la de Kulmask, ya que se ha instalado en ella el procedimiento que destrozará a esas... bestias.

El teléfono sonó entonces.

Ivgeni descolgó el aparato. Su mente estaba a mil kilómetros de lo que le dijeron, ya que se puso intensamente pálido.

—Gracias... —repuso con voz ronca—. Tomaré las medidas pertinentes.

Colgó, mirando a Hans con ojos cargados de odio.

—¡Esa central ha desaparecido!

—Lo suponía —dijo Von Köller sin alterarse—. Es natural, ya que ninguno de los camiones de protección lleva el «pulsor».

—¿De qué habla usted?

—De un aparato que asocia electrones y positrones. Sin él, sólo los electrones abandonan la pila atómica situada sobre el vehículo.

—¡Mentira!

—Verdad. Yo he creado el pulsor, amigo mío. Desde que empecé a estudiar el caso de los electrófagos, gracias a las ideas de la profesora Spartokovna, me di cuenta de que el poder de absorción de esos seres era tan fuerte que no saldrían de la pila más que las partículas negativas.

—¿Y bien?

—Tuve que investigar algo que «pegase» los positrones a los electrones, haciéndoles viajar juntos.

—¿Y por qué no me advirtió de ello? ¡Eso es una traición!

—¿Traición? ¿Nos consultó usted para algo? En cuanto conoció nuestro procedimiento, comprobando el triunfo que obtuvimos en Kiev, se convirtió usted en el inventor del método.

—Sí, pero...

—No tema. Ninguno de nosotros desea la menor parcela de fama ni de gloria. Todo eso se lo dejamos a usted.

—¿Entonces?

—Mi pulsor se fabrica en serie y puede tener todos los que necesite en un plazo menor de 24 horas.

—¡Gracias!

—Un momento. Usted es un hombre poderoso, y va a serlo más en cuanto salve al mundo de este colosal robo de energía. Por eso hemos venido a verle, profesor. Para proponerle un negocio.

—¿Un qué...?

—Un negocio, un cambio, un trueque.

—¿De qué clase?

—De una muy sencilla. Queremos que consiga usted que todos los gobiernos de la tierra firmen un compromiso, liberando para siempre de su odiosa tutela a los hombres de ciencia, a los investigadores de todas las clases.

—Pero...

—No hay peros. O se firma ese documento... o ni un solo pulsor se fabricará.

Ivgeni bajó la cabeza.

Hubo un largo y penoso silencio.

Luego, alzando la vista, Iliuchenko asintió con un gesto fatalista.

—De acuerdo.

—Bien. Comuníquese con los gobiernos. Cada día que pasa, el peligro de la desaparición de las centrales sigue en pie. De su severidad en esa gestión dependerá la salvación de la humanidad.

—Hoy mismo estableceré contacto con todos los Gobiernos de la Tierra.

—Eso es todo, profesor —sonrió Hans—. Estamos hospedados en el Hotel Central. Allí esperaremos sus noticias.

EPILOGO

Desde la playa, sumida en la dulce oscuridad de la noche, la ciudad, a lo lejos, brillaba con una intensidad de una galaxia.

Tendidos en la arena, Alain y Nadia, cogidas las manos, se dejaban acariciar por la suave brisa nocturna.

—Aquello es Cannes, ¿no, Alain?

—Sí. Una ciudad que, como tantas otras, estuvo sin luz durante mucho tiempo.

—Es curioso que todo eso haya terminado.

—Sí. Ahora se explica la presencia de los electrófagos. Viven en el espacio, y la Tierra tuvo la fatalidad de atravesar la zona en la que se encontraban.

—Lo que echó por tierra la idea de que se trataba de una invasión espacial.

Alain miró al cielo estrellado.

—Algún día vendrán, querida.

—¿Lo crees así?

—Sí. Porque debe suceder. Los humanos de todo el universo han de estar unidos un día. Todos los tesoros de tantas y tantas culturas dispersas, han de formar un núcleo común en el futuro.

—Espero que esas criaturas sean mejores que nosotros.

—El hombre no es malo, cariño. Lo que ocurre es que todavía estamos muy cerca de lo que fuimos, meros animales, y que no hemos sabido, hasta ahora, emplear nuestra inteligencia para sólo extender el bien. Sólo nosotros, los poetas...

—¡Mi maravilloso poeta!

—Sólo nosotros los poetas nos alimentamos de luz, amada mía.

—¡No digas -eso, Alain! Porque si es así, vosotros, los poetas, sois unos comedores de luz... unos «fotófagos»

No dijo más.

Alain había puesto en sus labios el dulce sello de un beso.

FIN

EDICIONES CERES, S. A.
Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Precio en España 40 ptas. IMPRESO EN ESPAÑA. PRINTED IN SPAIN